

Suspiros al Alba

Tres historias cortas Románticas y Eróticas

Menú

Dante, bajo mis dominios

Al Sur de Andalucía

Jinete



Katy
Molina

SUSPIROS AL ALBA

Katy Molina



©2019 enero, primera edición.

Autora: Katy Molina

Editor/Diseño de cubierta: Katy molina, KatMG.

Corrección a cargo de Higinio Zapata.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Obra registrada en Safe Creative. Todos los derechos reservados.

Menú

Primer Plato

Dante, bajo mis dominios

Segundo Plato

Al Sur de Andalucía

Postre

Jinete

*“Las leyendas son sentimientos
dificiles de olvidar”.*

Katy Molina

**DANTE,
BAJO MIS DOMINIOS**

Dante,

bajo mis dominios

Katy Molina



I

La noche era helada, Lucía observaba desde una esquina la entrada al local *Séptimo Cielo*. Él estaba dentro siéndole infiel mientras que creía que ella estaba en casa calentándole la cama, pero se equivocaba. Llevaba un mes sospechando de que Raúl se veía con otras a escondidas, aquel día decidió seguirle y quitarse la venda de los ojos. No se equivocó, lo vio entrar con dos rubias. Había buscado en *Google* referencias del local y su instinto estaba en lo cierto, era un lugar de alterne.

Dio un paso hacia adelante, decidida a montarle un escándalo, pero no llegó a cruzar la calle. Se sintió estúpida, el que creía que era su novio fiel y la amaba era un gilipollas engreído. La única que se pondría en evidencia sería ella misma, no merecía su atención ni siquiera sus lágrimas. Se dio la vuelta con un pensamiento muy claro, no volvería a verlo. Desaparecería de su vida sin dar explicaciones y se perdería buscando un nuevo camino hasta encontrarlo de nuevo.

De regreso al piso que compartía con Raúl pasó por delante de un local que se llamaba Atalaya. El cuerpo le pedía una copa de alcohol, necesitaba deshacer el nudo que tenía en la garganta. Se armó de valor y entró, no era algo que hiciera habitualmente, pero su única compañía eran sus sentimientos a flor de piel y necesitaba calmarlos. Respiró profundamente y empujó la puerta metálica de color negro con la mano, se quedó parada en la entrada cuando vio un largo pasillo con un notable desnivel hacia un piso inferior. Anduvo por un suelo de color negro observando las paredes burdeos con cuadros de mujeres *pin up* desnudas. Al fondo había otra puerta con el pomo de una calavera y con un cartel de neón que decía claramente: bajo mis dominios.

Por un momento pensó en darse la vuelta, pero no quería ser la

conformista aburrida e imbécil que había sido con Raúl. Esa noche de verdades y dolor quería ser otra persona, deseaba ponerse en la piel de una mujer libre. Con decisión abrió la puerta y entró, el corazón se le heló cuando vio lo que allí había metido. Toda esa seguridad momentánea desapareció en un instante. Dos grupos de moteros de bandas rivales se estaban peleando a sangre fría. Lucía se quedó contra la pared aterrada, por más que intentaba guiar a sus piernas estas no se movían, se habían clavado al suelo como un clavo.

Uno de los hombres salió despedido colisionando contra la pared donde ella se encontraba. Tenía heridas ensangrentadas por todo el cuerpo. Lucía sin pensar en lo que hacía fue a socorrerlo, lo cogió del brazo y lo ayudó a levantarse. Este pensando que era uno de los tipos de la pelea, cerró el puño para golpearla, pero en pleno impulso se detuvo al ver que se trataba de una mujer.

—¡Qué coño haces aquí? —preguntó vociferando a un palmo de su cara.

—Solo quería tomarme una copa, yo no sabía... —miró alrededor intentando buscar una palabra que describiera esa situación.

—¡Joder! —gritó escupiendo.

Aquel tipo se quitó la chupa y la obligó a ponérsela. Algunos de los hombres lo miraron extrañados, pero siguieron peleando hasta que la violencia paró cuando, el bando rival de los Mohicanos, se retiraron tras las bajas, pero con una promesa de venganza. Su líder miró a Lucía riéndose y limpiándose la sangre del labio con el dorso de la mano. Su inesperado protector cerró el puño negando y sacó una pistola que disparó fallando a propósito, solo quería asustarlo. El Indio, así llamaban al presidente de los Mohicanos, salió corriendo. De pronto todo se quedó en silencio salvo por los quejidos de varios heridos.

—Dante, ¿por qué le has dado tu chupa a esa tía? ¿Quién es? —preguntó

Rocky sujetándose el costado.

—No lo sé, una loca que quería tomar un trago en nuestro local privado —la miró en desaprobación—. Preciosa, esto traerá consecuencias. —Miró a su amigo y habló preocupado—. El Indio se ha quedado con su cara y piensa que es mi vieja dama.

—¿Tú qué? Escucha, no tenía ni idea de que aquí dentro hubiera una pelea de testosterona. Toma tu chupa—se la quitó e intentó devolvérsela, pero este se cruzó de brazos mirándola duramente.

—¿No sabes quiénes somos? Pues tienes un grave problema.

Dante la ignoró y se reunió con sus hombres. Lucía no entendía nada de lo que estaban hablando. Un sudor frío resbaló por su espalda, presentía que se había metido en la boca del lobo y estaba en peligro si no salía de aquel tugurio. Dejó la chupa encima de una mesa y se fijó que delante tenía un parche de tela cosida con el nombre de Dante y debajo de este ponía presidente. Curiosa, giró la prenda y vio un escudo de calaveras con un eslogan: Atalaya, bajo mis dominios. No era una mujer de mundo, pero había visto películas de moteros.

El nudo que tenía en la garganta se hizo más fuerte, creyó conveniente que había llegado la hora de abandonar los dominios de Dante. Disimulando se dirigió hacia la puerta, saldría sin correr para no llamar la atención, pero tenía claro que una vez en la calle correría como un ratón huyendo de las garras de un halcón.

—Yo de ti no haría eso, estás en peligro. ¿Qué parte no entiendes de que el Indio irá a por ti para vengarse de mí? Ha visto que te he dado la chupa. —Dante la interceptó con cara de pocos amigos.

—Yo no soy tuya, no pedí nada de esto. Iré a la policía y se lo explicaré todo. Además, tenía pensando largarme de la ciudad esta noche. —Se defendió.

—Eres una ingenua si piensas que te voy a dejar salir. Ahora siéntate en ese rincón y no intentes cabrearme más de lo que estoy—. La mirada oscura de este estremeció a la joven hasta tal punto que obedeció llorando.

Para asegurarse de que no hiciera ninguna tontería cerró la puerta del local con llave e inmediatamente atendió a sus hombres, no había que lamentar bajas y, en un par de días, los más graves estarían de nuevo dando guerra.

—Nos han pillado por sorpresa, me juego el cuello que ha sido la puta de Daniela quién ha ido con el cuento. Vi la traición en su cara el día que la rechazaste—. Rocky dio un golpe encima de la mesa enfurecido.

—El Indio piensa que fuimos nosotros quien matamos a su hermano el Negro—. La cara de Dante denotaba preocupación. —Hace mucho tiempo que limpiamos el club de corruptos y mierdas, no somos unos santos, pero no asesinos. Nos debemos a nuestra comunidad.

—¿Qué hacemos prez? —preguntó Cuero.

—Arreglar esta mierda, lo primero será confirmar que nos ha traicionado Daniela y averiguar quién coño mató al hermano del Indio.

Cinco de sus hombres salieron a buscar respuestas, los otros se quedaron a recoger todo el estropicio y a ayudar a sus hermanos heridos del Club. Lucía había atendido en silencio a cada palabra empapándose de la preocupación de los moteros con aquel lío de traiciones. Sintió un poco de empatía con aquellos hombres; en definitiva, no eran tan salvajes y villanos como creía. Miró a los tipos con cortes y contusiones en el cuerpo y se compadeció. Lucía era doctora, aunque hacía mucho tiempo que no ejercía. Desde que se enamoró de Raúl había dejado sus sueños en un cajón para concentrarse en los de él; sin darse cuenta se había vuelto una sumisa. Se levantó con cautela y a una distancia prudente habló.

—Disculpad, pero creo que puedo ayudar a los heridos. —Dante y parte de sus hombres la miraron sin entender—. Soy doctora.

—¿Y a qué coño esperas! —chilló Dante.

Lucía ante su desfachatez y poco tacto apretó el puño con ganas de desahogarse a golpes con él. La noche estaba siendo muy difícil para ella como para aguantar más gilipollas en su vida, pero se calló porque temía que aquel maleducado descargara su ira sobre ella.

Se recogió la melena rubia en una coleta alta y fue atendiendo a los heridos uno por uno. Solo tenía un botiquín básico, pero suficiente para desinfectar heridas y dar algunos puntos de sutura. Acabó cansada y con un remolino de nervios en el estómago. Necesitaba una copa, vio en la barra una botella de vodka y sin pensarlo dos veces le dio un trago. Después vinieron las consecuencias: tosió ahogándose por el alcohol, no estaba acostumbrada a beber y menos a algo tan fuerte.

Dante puso los ojos en blanco al verla y le quitó la botella de las manos, delante de sus narices le dio un trago como si se tratara de agua.

—Si no sabes beber, no lo hagas. Ahora sé buena y ponte la chupa, te vienes conmigo a mi cueva. —Se acercó a ella y sus dedos cogieron su mentón para alzarlo y que así sus miradas conectaran—. Te lo advierto, como intentes huir o jugármela, te tiro de la moto en marcha.

Le guiñó un ojo y la dejó aturdida con sus duras palabras. Lucía tembló de pies a cabeza, tendría que marcharse a la fuerza con el macho alfa de la manada y no sería nada agradable la estancia con él.

II

Rodaron sobre el asfalto de la ciudad de Berlín, el frío helado se clavaba como alfileres en las piernas de Lucía. El vestido negro que se había puesto para ir a espiar a su ahora exnovio no era adecuado para montar en una *Harley Davison*. Siempre había tenido miedo a las motos desde que su padre se había matado conduciendo una. En lo único que podía pensar era en que si se caía al suelo se quemaría la piel al igual que el fuego consumía la cerilla. Entrelazó con fuerza los brazos alrededor de la cintura de Dante y apoyó la cabeza en su espalda cerrando los ojos.

Él se dio cuenta de que no iba cómoda de paquete y notó como su pequeño cuerpo se estremecía de las temperaturas tan bajas de la ciudad. Aceleró para llegar lo antes posible a su cueva, solo faltaba dos calles. Dante vivía en un ático junto al río Havel, las vistas eran magníficas e impresionantes. Aparcó junto a la puerta de entrada del edificio y ayudó a bajar a Lucía de la moto. La vio abrazarse el menudo cuerpo y observó cómo los dientes le castañeaban. No era un cabrón con las mujeres, pero aquella rubia de ojos azules le había enfadado muchísimo porque para protegerla le había dado algo muy valioso para un Atalaya y su forma de vida: la chupa del club que otorgaba el valor de mujer de su propiedad. Cuando terminara todo aquel lío tendría que rechazarla delante de sus hermanos para recuperar la chupa y su libertad.

—Mueve el culo, ¿o prefieres congelarte? —habló con sarcasmo.

—No, y considero que no es necesario ser un idiota prepotente y maleducado conmigo—soltó sin poder contener más esas palabras que la asfixiaba por dentro desde el minuto uno que lo había conocido.

Dante la miró sin un atisbo de simpatía en el semblante, escupió en el suelo y se acercó como un depredador, la cogió de los hombros y la estrelló

contra el ladrillo visto del edificio. Su aliento a vodka calentaba sus mejillas heladas.

—No soy como los hombres a los que estás acostumbrada a abrirte de piernas.

—No soy ninguna puta... —dos lagrimones salieron de su mirada azul cielo.

—Ni yo un galán que te va a cortejar y a cuidar. —Se la quedó mirando y tuvo que reconocer que era jodidamente hermosa.

—Entonces, ¿por qué no me dejas marchar? —preguntó confusa.

—No soy un asesino, y mis manos no se mancharán con tu sangre. Te metiste bajo mis dominios sin llamar a la puerta y estas son las consecuencias de tus actos. Asúmelo y deja de llorar. ¡Joder!

Dante se fijó que los labios de la muchacha se estaban poniendo morados por el frío, maldijo para sí mismo y la sujetó con fuerza del brazo para dirigirla hacia el portal. Dentro hacía mejor temperatura, pero seguía helada. Llamó al ascensor y subieron en silencio sin mirarse hasta el ático. Era un rellano con una puerta, no había vecinos. Sacó la llave del bolsillo del pantalón y abrió, tiró de la mano de Lucía para que entrara. Esta se quedó en la entrada observando todo, para ser un cabrón tenía el lugar ordenado y decorado con objetos antiguos. Carteles de *pin up* desnudas decoraban las paredes como en el local, también había fotos de motocicletas de la vieja escuela y de gente donde él salía en más de una sonriendo, parecía otra persona distinta al Dante con pintas de chico malo.

—He puesto la calefacción, al fondo del pasillo se encuentra el cuarto de baño. Será mejor que te des una ducha caliente para entrar en calor—. Explicó tirándose en el sofá para liarse un cigarrillo.

—No tengo muda... —susurró muerta de vergüenza.

Dante cogió el teléfono móvil y llamó a la mujer de Rocky. Habló delante

de Lucía, esta escuchó con atención. Le pidió que por la mañana se acercara a su casa con algo de ropa para su chica. Oír aquella palabra le resultaba extraño, hasta esa misma noche había sido la novia de Raúl y en unas horas se había convertido en la mujer de un motero que no conocía. Solo quería buscar alguna forma de salir de aquel encierro.

—Sígueme—le indicó con dos dedos.

Lo siguió hasta una habitación con las paredes pintadas de negro y una cama enorme que ocupaba la mitad de la estancia. Lo vio trastear en un pequeño armario y sacó una camiseta negra de manga larga, se la tiró a la cara.

—Ese será tu pijama, eres mi chica y tienes que llevar mi olor en tu cuerpo. Ahora dúchate que vas a pillar una pulmonía, chica de cristal.

Lucía entró en el cuarto de baño muy cabreada, no le gustaba nada el trato que recibía de Dante. Se dirigía a ella como si fuera estúpida y de porcelana. Era cierto que no se había criado en la mierda de la sociedad en la que él conocía muy bien, pero su vida no fue fácil. Cuando murió su padre en un accidente de tráfico todavía era muy joven, apenas una cría, solo lo tenía a él y a nadie más en el mundo. Había estado en muchas casas de acogida, pero nunca en un hogar de verdad hasta que Raúl se cruzó en su vida y se enamoró locamente. Ahora se preguntaba si había sido amor o necesidad.

Se sentó en la taza del váter y miró su reflejo, estaba horrible de tanto llorar y sufrir por alguien que no lo merecía. Se desvistió y vio el tatuaje que tenía en la cadera, era una frase que se hizo al cumplir los dieciocho años, decía: *Destinos Cruzados*. Aquellas dos palabras tenían mucha importancia para ella, significa al hombre que todavía tenía que aparecer en su vida. Creyó que Raúl era su destino cruzado, pero se había equivocado.

Se metió debajo del agua caliente y deshizo el frío de su piel arrancándole una dulce sonrisa. Se olvidó del tiempo y disfrutó de aquella paz

momentánea hasta que la puerta del cuarto de baño se abrió de golpe. Se quedó paralizada detrás de la cortina blanca de plástico, y aguantó la respiración. No tenía ni idea de lo que pretendía aquel bruto hasta que escuchó el sonido de la orina. Oyó la cremallera de la bragueta y la puerta cerrarse. Corrió un poco la cortina y comprobó que se había ido, solo había entrado a hacer sus necesidades. Aquel hombre no tenía sentido del decoro y modales. Su momento de relax se había acabado de golpe, así que cerró el grifo y salió de la bañera. Se secó corriendo el cuerpo con miedo de que volviera a entrar sin su permiso y se vistió con aquella camiseta negra que le quedaba enorme. No pudo evitar olerla. Dante estaba en lo cierto, su aroma estaba impregnado en el tejido.

Salió del baño y fue descalza con la ropa y los zapatos de tacón en la mano hasta el salón. Lo encontró tumbado en el sofá viendo la televisión. Con timidez, dejó sus cosas encima de una silla y se quedó allí parada sin saber qué hacer o decir. No fue necesario porque este la vio por el rabillo del ojo y apagó la televisión, se levantó y le dio la mano para llevarla a su dormitorio.

—Es hora de dormir, estoy muerto. Dormirás conmigo y no acepto un no por respuesta porque no me fio de ti. —Le pasó un dedo por la curva de la mejilla—. Te prometo que te pondré el culo tan rojo como un tomate si intentas escapar.

—Eres un bruto... —susurró mirando al suelo.

—No lo voy a negar, soy más animal que hombre— dijo a un palmo de sus labios para después sacar la lengua y lamerlos. Lucía se estremeció, pero no de miedo sino de placer. Ni siquiera Raúl le había lamido con esa oscuridad y excitación tan posesiva.

No protestó y se metió en la cama encogida mirando a la pared. Dante se acostó a su lado bocarriba, solo llevaba un bóxer puesto. Escuchó como su respiración se relajaba; en cambio, ella no podía pegar ojo. Tenía mucho frío,

parecía que la helada de la ciudad se había calado en sus huesos. El cuerpo le temblaba de pies a cabeza y los dientes le castañeaban.

—¡Maldita sea, mujer! Si tuvieras más carne en el cuerpo no pasarías tanto frío. —Llevaba un rato escuchándola y no le dejaba dormir tranquilo.

Cambió la posición a la de cucharita y la abrazó entre sus brazos para darle calor. Lucía se sobresaltó al notar el cuerpo del motero abrazando el suyo, pero lo agradeció pues aquel bruto era una estufa. Al cabo del rato se quedó dormida y pasó una noche estupenda después de aquel día de locos y decepciones.

III

Una voz de mujer despertó a Lucía. Esta que estaba tan relajada y calentita debajo del edredón se desperezó llenando toda la cama con sus extremidades. Se dio cuenta de que se encontraba sola, el lobo feroz había madrugado y la había dejado descansar sin molestarla. Abrazó la almohada oliendo —sin percatarse de lo que hacía—, hasta que se paró a pensar y la soltó sentándose en el colchón un poco desconcertada. No entendía qué le pasaba con el aroma de aquel bruto, pero era adictivo.

Un poco cohibida por aquella voz de mujer se quedó de pie en mitad de la habitación sin saber muy bien qué hacer: si salir y saludar o tirarse por la ventana. La segunda opción no era viable, así que se armó de valor y salió para enfrentarse un día más a Dante y a su mundo complejo. Encontró en la cocina a una mujer madura vestida de pies a cabeza de cuero y charlando animadamente con su pesadilla. Aquella señora levantó la vista y la pilló infraganti observándolos.

—Buenos días, bella durmiente, estaba deseando conocer a la chica de Dante. —Se acercó a Lucía y le dio dos besos—. Soy Carla, la mujer de Rocky. Su segundo al mando.

—Es un placer, me llamo Lucía.

—Eh, chica de cristal, siéntate y desayuna. Por tu bien, no me cuestiones—. Intervino Dante recogiendo los platos del desayuno.

Lucía se sentó en la isla de la cocina, obedeció pues no tenía ganas de discutir con él y menos delante de aquella desconocida. Dante le sirvió café, zumo y una tostada de mantequilla y mermelada. Lo agradeció, estaba muerta de hambre.

Carla se acercó con una bolsa negra de viaje y se la entregó con una sonrisa. La abrió y vio que el contenido era ropa, pero no una cualquiera, sino

de motera. Sacó el pantalón negro de cuero y una camisa a cuadros con tonos burdeos y negros. También había ropa interior negra de encaje.

—Dante me dijo que físicamente eras delgada, creo que te estará bien. Bueno, tengo que irme, nos vemos luego en el taller—Carla se despidió con dos besos y se marchó.

—Gracias—miró a Dante agradecida.

—No olvides ponerte mi chupa siempre que salgamos de casa, entendido. Es muy importante que la gente de nuestra calaña te vea con ella, así sabrán que eres la mujer del presidente de los Atalaya. Es la única manera de protegerte.

—No lo olvidaré, descuida.

Justo en ese momento el teléfono móvil de Lucía sonó dentro de su bolso. Este frunció el ceño y fue a la silla del comedor a buscar el aparato. Lo sacó y vio que en la pantalla ponía Raúl. Miró a la chica extrañado y sin pedirle permiso colgó.

—¿Quién es Raúl?

—Mi novio, bueno mi expareja. Él todavía no lo sabe.

—¿Me puedes explicar ese rollo? ¿Cómo que no lo sabe?

—Verás... —De repente, Lucía, se puso a llorar descargando todo su estrés—. Ayer por la noche lo seguí hasta el Club Séptimo Cielo porque sospechaba que me era infiel y no me equivoqué. Y fue cuando decidí regresar a casa a por mis cosas y desaparecer de su vida, pero vi tu local, el Atalaya y solo quise tomarme una copa, el cuerpo me lo pedía. No sabía que era un club privado de moteros.

Dante la observó sintiéndose culpable, a Lucía le habían roto el corazón y él le había complicado más la existencia. Sin mediar palabra se levantó del taburete y fue a un armario de la cocina, sacó una botella de whisky y sirvió un chupito.

—Aquí tienes tu copa, te sentará bien. Venga, adelante. —La animó a beber. Esta cogió el vaso gimoteando y se lo tomó de una sola sentada. La garganta le ardía, pero le daba igual—. Ahora, chica de cristal, estás bajo mis dominios y eres mía.

El teléfono volvió a sonar, de nuevo era Raúl. Esta vez descolgó sin darle tiempo a reaccionar al tipejo infiel.

—Mira gilipollas, Lucía te ha dejado por ser un putero y ahora está conmigo. Lo entiendes, es mía.

—¿Quién cojones eres tú! —vociferó Raúl al otro lado de la línea. Hasta ella lo escuchó.

—Yo soy el hombre que la hará temblar de pasión. Te lo advierto, si intentas molestarla te partiré las piernas—. Colgó.

Sostuvo el móvil en la palma de la mano trazando un plan en su cabeza por si llegaba el momento de actuar contra el ex de su chica. No supo muy bien de donde vino ese sentimiento, pero le dio una punzada de celos de que otro hombre hubiese probado su mercancía. Estrelló el teléfono contra la pared destrozándolo en el impacto.

—¡Vístete! —Fue una orden clara.

Lucía saltó del taburete y fue corriendo al cuarto de baño a cambiarse de ropa. Una vez vestida se quedó mirando su reflejo en el espejo, los colores subieron a sus mejillas. Sintió mucha vergüenza al verse, cada curva de su cuerpo resaltaba en ese tejido tan ceñido. Apoyó la espalda contra la pared y resbaló hasta sentarse en el suelo, metió la cabeza entre sus piernas para tranquilizarse. Toda aquella situación la estaba superando. Unos golpes en la puerta la sobresaltaron.

—Chica de cristal, tengo que ir a trabajar. ¿Se puede saber qué cojones haces?

—No pienso salir a la calle vestida así, parezco una cualquiera. ¡Me

niego! —protestó, estaba muy harta de obedecer como una perra.

—Voy a contar hasta tres, sino sales entraré a por ti y no te va a gustar lo que te voy a hacer. Uno...

Lucía se levantó del suelo y se alejó de la puerta del baño, no se fiaba de la fuerza bruta de aquel animal. Intentó mirar algún artilugio para defenderse, tenía claro que no pensaba salir y someterse.

—¡Tres! —de una patada abrió la puerta.

La joven gritó y le tiró a la cara el papel higiénico. Dante abrió las aletas de la nariz respirando con fuerza, estaba muy harto del infantilismo de Lucía. Al acercarse vio como la chica se tapaba la cara con las manos, estaba asustada y no pretendía hacerlo. Sabía que era un bruto con las palabras, pero no era ningún maltratador. Le habían enseñado a respetar a las mujeres como se merecían. Se la cargó a los hombros y salió con ella del baño, la dejó en el suelo del salón y le alzó el rostro con la mano.

—Estás preciosa, no te sientas incómoda. El creador te hizo para volver locos a los hombres, que nunca te de vergüenza esconder las armas más valiosas que te otorgaron. —Lucía quedó embobada con sus palabras—. Tengo que ir a trabajar al taller, ¿estás preparada? —Asintió con la cabeza y antes de salir de casa se puso la chupa que con orgullo luciría ese día.

Subieron al ascensor y bajaron en silencio. Dante la observó de reojo fijándose en los rasgos y físico de Lucía, era una mujer muy hermosa para sus ojos. Tenía una belleza clásica, tierna, nada que ver con las mujeres del club. A estas las había creado un herrero y a Lucía un poeta.

Llegaron a la calle y Dante le dio un casco, se lo colocó con dificultad. Él, al verla que no acertaba con la sujeción, la ayudó. Se montó en la moto y la arrancó, ella se sujetó de sus hombros y subió. Se abrazó a su cintura con fuerza y escuchó como decía.

—Si te beso, no tengas miedo—. El motor rugió y volaron sobre el

asfalto.

Un cosquilleo se instaló en el vientre de Lucía ante aquella declaración, era emoción pues sentía que Dante podría ser su destino cruzado.

IV

Llegaron a un taller mecánico, Dante se dedicaba a la restauración de motos *chopper*. Era su pasión y forma de vida. Lucía se impresionó por la cantidad de motos y empleados que trabajaban en el taller, todos ellos hermanos del club Atalaya.

La llevó directamente a la cafetería habilitada exclusivamente para el personal. Varias mujeres estaban tomando café en la barra y otras preparaban bocadillos en la pequeña cocina para cuando llegara la hora del descanso de los chicos.

—Chica de cristal, te dejo con nuestras mujeres. Ellas te enseñaran todo lo que hay que saber sobre el club. Pórtate bien y no me des dolores de cabeza—. Dante la dejó sola con aquellas féminas que la observaban como si fuera carnaza.

Carla al verla indecisa y cohibida le dio un abrazo reconfortante y la llevó del brazo a la barra. Le ofreció un café que con gusto aceptó. Muchas de las chicas la miraron con burla y eso le molestó, pero no diría nada puesto que no quería problemas. Allí era una mera invitada en un territorio que desconocía por completo.

—A la mosquita muerta le ha tocado el premio gordo con Dante, muchas llevamos años detrás de su culo y ni puto caso. Ahora llegas tú con esa cara angelical y de no haber roto un plato en tu vida y te lo llevas de calle—. Soltó Susan, unas de las chicas solteras que rondaban el club.

—Susan, es la mujer del prez. Sé amable si no quieres que Dante te ponga de patitas en la calle. Lucía es su mujer y todas le debemos respeto—explicó Carla enfrentándose a esa descarada.

Esta apretó la boca hasta formar una fina línea con los labios y clavó el cuchillo en la madera de la barra. Se marchó indignada a la calle, llevaba

detrás de la chupa de Dante mucho tiempo y no le había sentado nada bien que Lucía le quitara lo que desea: ser la mujer del presidente del Atalaya.

—No le hagas caso a Susan, es una trepa que solo busca una posición privilegiada dentro del club. Por cierto, me llamo Erika y soy la mujer de Lucas.

Las chicas fueron a un saloncito que se habían montado en un rincón del taller, allí pasaban el rato rodeadas de piezas de motor y neumáticos. Había llegado la hora de poner al día a la nueva sobre la hermandad.

Carla le habló del valor del club y su subcultura *outlaw*, que en otras palabras quería decir fuera de la ley. Lo que implica un rechazo radical a la autoridad y la adopción del estilo de vida motero. Le explicó la importancia de llevar la chupa y su significado. La pertenencia se indica vistiendo el parche motero, o parche en tres partes: en la espalda o el chaleco del club. Tuvo que reconocer que una minoría, como el club de los Mohicanos, se les relaciona con las pandillas criminales que se involucran en actividades delictivas, pero —que el club Atalaya a pesar de estar fuera de la ley— no eran unos bandidos sin escrúpulos. Ellos velaban por los más débiles, la comunidad.

Lucía escuchaba atentamente sin perder detalle, en un principio había pensado que eran un grupo de amigos de la calle que compartían una afición, pero aquella gente formaba una gran familia de moteros y todos tenían un cargo y jerarquía dentro del club.

Carla siguió con la explicación, Dante le había pedido que se encargara de ese detalle. Le explicó los cargos que desempeñaban cada miembro importante. Eran una junta directiva u oficiales compuestos por: Dante, presidente. Rocky: V-presidente. Lucas: Sargento de Armas. Tim: secretario. Mike: Tesorero y Sam: Capitán de Carretera. Por último, estaba Cuero, el aspirante, miembro del club que está por ganar su puesto.

—¿Tienes alguna duda? —preguntó Carla.

—La verdad que me lo has explicado muy bien, aunque hay algo que no entiendo. Dante me llamó vieja dama, ¿qué significa?

—Pequeña, ser la vieja dama de un motero es un honor que las mujeres llevamos con orgullo. Cuando un Atalaya decide que una mujer le gusta lo suficiente como para que sea de su propiedad exclusiva, la coge bajo sus dominios como su vieja dama. El término es usado con cariño, no como falta de respeto.

—Todo esto es un poco desconcertante y difícil de asimilar, mi vida era muy simple. ¿Vosotras sois viejas damas? —quiso saber por curiosidad.

—Sí, las que aquí estamos sentadas contigo. Aquellas de la barra son *caramelitos*, mujeres de compañía, pero sin compromiso y las dos de la derecha son *culos dulces*. Mujeres que viven en el club y son de su propiedad. Estas acuden en busca de protección y para conseguir un techo. Su papel es mantener limpio el club y las motos. Su meta principal es conseguir ser una vieja dama de alguno de los miembros.

—Susan es un culo dulce, ¿no?

—Sí, y una tipeja de mucho cuidado como Daniela. —Carla escupió en el suelo al pronunciar su nombre—. Por su culpa estamos metidos en un gran lío.

Lucía miró de soslayo a Dante, este estaba agachado arreglando el tubo de escape de una *chopper*, llevaba puesto un mono de trabajo muy ajustado al cuerpo. Apreció cada rasgo de su hombría, era un hombre atractivo con una sensual sombra incipiente de barba. Su mirada oscura y amenazante era de color café a juego con su melena castaña. No le extrañaba que las féminas fueran suspirando por él, era un pecado infernal.

Él pareció notar que lo observaban y miró en su misma dirección conectando las miradas, fueron segundos de silencio, pero unos que empezaba a florecer nuevos sentimientos.

Dejó la llave inglesa en el suelo y se secó el sudor con un pañuelo que colgaba del bolsillo de su pantalón trasero. Caminando de forma chulesca se acercó a Lucía y le tendió la mano, esta lo miró recelosa, pero la aceptó. Se despidió de las chicas con una cálida sonrisa y se dejó guiar por aquel depredador. La llevó al despacho y cerró la puerta con llave.

—Tengo algo para ti, quítate la chupa—. Dante abrió una taquilla y sacó un chaleco de la talla de Lucía con un parche en la espalda que indicaba que era de su propiedad.

—¿Qué significa esto? —preguntó confusa.

—Significa que te reconozco como mi vieja dama, ahora eres mía y de nadie más—. Sentenció.

—No hace falta que hagas todo esto, cuando arregles las cosas con aquel tipo esta situación se acabará. Puedes guardarte el chaleco para la mujer que se gane tu corazón—. No quería que le otorgara honores que carecían de valor.

—Escúchame chica de cristal, nunca, nunca, hago las cosas sin pensar. No sé, pero fuiste mi destino cruzado sin buscarlo.

A Lucía le dio un vuelco el corazón, había pronunciado las palabras mágicas que llevaba tanto tiempo esperando. Fue la primera vez que le sonrió y aquella inocente emoción hizo sonreír a Dante que la cautivó por completo.

—¿Y ahora qué?

—Ahora tu mundo, va a cambiar bajo mis dominios.

Dante dio un paso y enredó los dedos en su larga melena rubia, la miró intensamente y acercó su boca a la suya. Sus labios se tocaron por primera vez y la chispa surgió en sus vientres sintiendo mil motores rugiendo. Fue un beso posesivo por parte de ambos. Lucía acababa de firmar un pacto con el diablo, uno que cambiaría su vida por completo.

V

Sam llegó al taller con varios hombres, era el capitán de carretera. Había salido durante varias horas recorriendo toda la ciudad y los alrededores en busca de información sobre el asesino del Negro y Daniela.

De inmediato reunió al club en el sótano del taller donde tenían su sede de reuniones. Lo que había averiguado lo inquietaba y tenía prisa por compartir la información. Solo los hombres podían entrar en la estancia, a las mujeres se lo tenían prohibido. Los asuntos del club eran solo de los miembros masculinos.

Dante tuvo que interrumpir el beso con Lucía, la puerta se la estaba aporreando Rocky avisándole de que había reunión urgente. Era la primera vez que prefería seguir disfrutando de una mujer que acudir a resolver asuntos delicados. Con desgana se detuvo y apoyó la frente en la de su ahora chica oficial.

—Tengo que atender asuntos del club, en cuanto termine te buscaré e iremos a casa. Quiero acabar lo que he empezado...

Lucía asintió con la cabeza y mordiéndose el labio, ella deseaba lo mismo que él. Dante le dio un tierno beso en la frente y abrió la puerta, dejó sola a su chica de cristal mientras iba a solucionar problemas.

Todos estaban sentados en la gran mesa de madera de caoba a la espera de que el prez la presidiera. Este entró y ocupó su lugar de honor en la cabecera.

—Se abre la sesión, ¿qué tienes para nosotros Sam? —habló iniciando el acto.

—Mucha mierda, tíos. He confirmado que Daniela ahora es propiedad del Indio, un culo dulce. Eso quiere decir que está bajo su protección y según mi contacto calentó la cabeza del presidente de los Mohicanos. Al enterarse

del asesinato de su hermano el Negro, lo envenenó con mentiras echándote a ti las culpas.

—Es una puta zorra, debimos echarla del club hace mucho tiempo—. Dijo Rocky con un cabreo justificado.

—Eso ya no tiene solución, y ella sola se ha metido en la boca del lobo. Los Mohicanos no son tan considerados con las mujeres como nosotros, pagará su traición. No me cabe la menor duda. ¿Se sabe algo del asesinato del Negro? —ese era el tema para tratar y el más importante.

—Es todo un poco confuso, lo encontraron en la parte trasera del nuevo club de alterne el Séptimo Cielo. Degollado. —Todos callaron y se miraron entre ellos.

—No es un lugar que frecuenten los nuestros, ¿qué haría allí? —se preguntó Dante a sí mismo en voz alta.

—¿Follar? —habló tímidamente Cuero.

—Ese tío estaba casado con su vieja dama, era un padre de familia. Se le conocía por muchas cosas, pero no le era infiel a su mujer. Quien lo conocía sabía que estaba enamorado hasta las trancas de Ramona—explicó Lucas—esto suena a ajustes de cuentas.

—Sí, y sé a quién preguntar. —Pensó en Raúl, el exnovio de Lucía. Ella había mencionado que lo siguió hasta el local de alterne—. Esta noche sobre las diez nos reunimos aquí otra vez y os cuento. Ahora tengo asuntos que resolver con mi chica.

Lucía había salido del despacho y se había entretenido en dar una vuelta por el taller admirando la afición y trabajo de Dante. Por una vez se sentía parte de algo, aunque aquel mundo le viniera muy grande, pero deseaba adaptarse y sentirse importante para otra persona. Lo único que pedía era respeto, sinceridad y libertad. Sentía que él le daría todo lo que anhelaba, lo había leído en sus labios cuando la besó.

Salió a la calle al ver un pastor alemán tumbado en la entrada del local, era una amante de los animales. Vio al viejo animal tomando el sol medio adormilado, pero fuera había otra clase de animal más carroñero. Susan y otro culo dulce caminaban hacia ella en plan amenazador. Esta vio las intenciones de las chicas y quiso regresar al interior con las otras viejas damas para no meterse en líos, pero Susan se lo impidió cortándole el paso.

—¿La zorra tiene miedo? —Se burló en su cara, pero Lucía no quería problemas y pasó de su provocación y siguió su camino. Aunque no llegó muy lejos porque esta tiró fuerte de su larga melena rubia—. Me has quitado lo que es mío, puta.

—No te he quitado nada, él me ha elegido a mí—Lucía se defendió.

—No me hagas reír, hija de puta—. Susan se acercó más y le propinó una bofetada con todas sus fuerzas que le giró la cara y le dejó marca.

En ese momento apareció Dante con algunos de los chicos y de las mujeres. Ver como golpeaban a Lucía le puso colérico, nadie tocaba a su chica y menos una perra como Susan. Fue a poner orden y a dejarle claro a aquella zorra quien mandaba en el club, y las cosas de su propiedad no se tocaban, pero Carla lo detuvo y negó con la cabeza.

—Son cosas de mujeres, no te metas Dante y observa, creo que Lucía esconde una gata salvaje en su interior. Ahora es tu vieja dama y ha de estar a la altura de su título—. Aunque no le hacía gracia le hizo caso y observó, pero se juró que si le ponía otra mano encima Susan sabría del azote de su mano.

Lucía se tocó la mejilla, le ardía. No era mujer de conflictos, no le gustaba la violencia, pero aquel culo dulce había rebasado su paciencia. Estaba harta de reprimir sus instintos y ser precavida, estaba cansada de que los demás se rieran de ella y la vieran con debilidad. La miró con odio y dejó salir su lado más oculto y salvaje, sus manos actuaron por si solas y cogieron la cara de Susan con fuerza para después darle un cabezazo. El golpe le hizo

una herida leve en la frente a ambas. Ahora que había empezado no podía parar. Susan se defendió sacando del bolsillo del pantalón una pequeña navaja, quería marcar la mejilla de Lucía.

Dante al ver sus intenciones se adelantó unos pasos con mirada amenazante, pero Susan ya había perdido los papeles y no estaba dispuesta a dejarse humillar por una princesita. Lucía miró la navaja y su torpeza a la hora de utilizarla, ella no era una delincuente, pero si sabía cómo manejar un bisturí sobre los tejidos blandos. La única manera de quitárselo de las manos era atacar de sorpresa.

—¡Te voy a hacer una cara nueva, puta!

Lucía sonrió y le dio una patada en sus partes dejándola sin aire y sin fuerzas. Aprovechó su debilidad para arrebatárle la navaja de las manos y se la colocó en el cuello.

—Vuelve a tocarme y te marco la cara con la letra escarlata por zorra—. Amenazó con los dientes apretados.

Dante apareció y le sujetó la muñeca para que se detuviera, sabía que Lucía había estallado soltando su rabia e ira contra Susan. Todos tenemos nuestros demonios y en algún momento surgen sin control. Miró a su destino a los ojos y relajó la mano. Tiró la navaja al suelo.

—Ya sigo yo, chica de cristal. —La ocultó detrás de su espalda y miró sin un atisbo de compasión a Susan—. Largo de mi club, y como sigas los pasos de Daniela y vayas a calentar pollas de otros clubes echando mierda al nuestro, te buscaré y acabaré lo que mi vieja dama ha empezado.

Susan tragó saliva y se retiró sin decir nada, sabía que las palabras del presidente del Atalaya eran ciertas y si llegaba a traicionar al club cumpliría su amenaza. Lucía la vio alejarse del lugar y respiró profundamente, las piernas le temblaban al igual que el pulso, pero apretó el puño para que no se le notara. No quería parecer débil. Dante se dio la vuelta y le sonrió, después

la besó delante de todo el club. Su chica había estado a la altura de su posición como vieja dama del presidente del club Atalaya.

VI

Esperando a que el semáforo se pusiera en verde, Dante le hizo una sugerencia a Lucía.

—Tengo que ir a ver a tu ex, ¿te importa si vamos ahora? Y ya de paso coges toda tu ropa.

—¿A Raúl? ¿Para qué? —Le pilló de sorpresa aquel cambio de plan.

—Son asuntos del club, guíame hasta tu casa—. Ordenó en tono mordaz.

Lucía le dio la dirección de su antigua casa, la incertidumbre de los planes de Dante y la ansiedad por encontrarse con Raúl la asaltaron haciendo que se pusiera muy nerviosa. Llegaron al lugar y aparcó en la misma puerta, Lucía se quedó como una estatua encima de la moto, era incapaz de bajarse y enfrentarse al idiota de su ex.

Dante se dio cuenta de su indecisión y la ayudó obligándola a bajar de la *Harley*, le dio la mano y entrelazó sus dedos con los de ella. Esta sonrió agradeciendo el gesto y se sintió protegida y apoyada. Subieron a la cuarta planta y Lucía sacó las llaves del bolso, la mano le temblaba y no estaba segura de ser capaz de verlo después de todo. Este le quitó las llaves y abrió la puerta.

—Chica de cristal, tranquila, estoy contigo y no dejaré que te haga daño ni siquiera con palabras.

—Creo que hoy he demostrado que no soy de cristal, no soy débil— dijo un poco molesta.

—Los cristales son peligrosos, parecen frágiles, pero si te descuidas te pueden matar— explicó con seriedad antes de entrar con paso decidido. Lucía sonrió de lado, aquel bruto era una caja de sorpresa.

Raúl se encontraba en chándal tirado en el sofá viendo la televisión y comiendo pizza. Al ver entrar a Dante se sobresaltó y se levantó rápidamente

un poco desconcertado hasta que vio detrás de su espalda a Lucía. No le dio tiempo a hablar porque este le agarró del cuello y lo empotró contra la pared del salón.

—Hola, gilipollas, quiero que respondas a una serie de preguntas. Si me entero de que me has mentido regresaré y te romperé las piernas. ¿Me has entendido? —Raúl asintió moviendo la cabeza, estaba asustado y el sudor de su frente era la prueba de ello.

Dante lo soltó y lo invitó a sentarse, este miró a Lucía sin entender nada y obedeció sin mediar palabra. No quería meterse en líos con gente como aquel motero, sabía muy bien cómo eran los de su calaña.

—¿Conoces a este? —Sacó la foto del Negro y se la enseñó.

—Sí, le llaman el Negro. Lo veo cada fin de semana desde hace un mes en el club Séptimo Cielo.

—¿A qué va?

—Nunca lo he visto con ninguna mujer, solo en compañía de Jeff Madison.

Al escuchar ese nombre se preocupó, todos los clubes conocían a la leyenda de Jeff Madison. Era un nómada muy violento que se dedicaba a toda clase de negocios fuera de la ley, mientras ganara dinero le daba igual la ética. Podría ser capaz de vender a su madre por un pitillo insignificante si en ese momento le apeteciera fumar.

—¿Sabes algo de los asuntos que trataban?

—No, nada.

—De acuerdo, te creo. Ahora quédate quieto, sin hablar mientras mi chica coge todas sus cosas—. Dante se levantó y se cruzó de brazos mirándolo fijamente para ponerlo aun más nervioso.

Lucía no se llevó gran cosa, cogió todos sus documentos, su cartilla de ahorros, un viejo teléfono móvil y una mochila llena de ropa. Salió al salón y

miró a Raúl, se dio cuenta de que no sentía amor por él solo lástima. Sin más, abandonó el piso para no volver jamás, por fin su cometido aquella noche de decepciones se había cumplido. Dante se dio la vuelta para marcharse, pero antes le dejó un claro mensaje amenazador.

—Lucía es mi vieja dama, mi mujer y como vuelvas a llamarla, molestarla o intentar buscarla... te mataré y después tiraré tu cadáver al río.
— Siguió su camino y cerró de un portazo. Raúl se estremeció.

Subieron al ascensor y cuando las puertas se iban a cerrar Dante la abrazó y besó su cabello rubio. No la conocía, pero tenía un brillo especial en la mirada que lo cautivó la noche donde sus destinos se cruzaron.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado. Temía que todavía sintiera algo por aquel imbécil.

—Sí, creí que me costaría verlo y que me vendría abajo, pero no ha sido así. He sentido que me liberaba y cerraba ese capítulo amargo. —Esa explicación fue suficiente para que Dante se quedara más tranquilo.

—Me alegra saberlo, y te prometo que bajo mis dominios disfrutarás de la vida.

Cada palabra suya le llegaba al alma, este secuestro estaba siendo especial porque estaba experimentando sensaciones y sentimientos que se enredaban en sus pensamientos dando vida a lo que creía muerto: su corazón.

Berlín al caer el sol se vestía de luces enamorando al bohemio, pasaron por delante de la Puerta de Brandeburgo tan imponente y hermosa a la vez. La noche era mágica en la zona del muro con la galería de arte al aire libre más grande del mundo. Lucía le hizo que se detuviera, quería enseñarle algo. Dante paró el motor y se quitó el casco, cuando quiso darse cuenta su chica de cristal iba caminando hacia el muro pensativa. La siguió dándole su espacio, se detuvo delante de un dibujo, era la mirada azulada de una niña.

—Mi abuelo sobrevivió a la segunda guerra mundial y pereció en el

levantamiento del muro, irónico. Mi abuela se vio sola y embarazada de mi padre.

—La locura nunca tuvo maestro— exclamó Dante sin poder apartar la mirada de aquel dibujo.

—Es cierto, mi padre nació en una Alemania dividida y cuando yo era niña me trajo al muro y me contó su historia. Esos ojos que ves son los míos, él los pintó. —Tocó la imagen recordando aquel momento con cariño—. Ese día decidí ser médico para poder ayudar a todos los heridos de una guerra, el dolor por la pérdida siendo muy niña me superó y cumplí mi promesa, pero aun así no pude salvar a mi padre...

—Todos tenemos que vivir con nuestros demonios, a veces la vida te pone contra las cuerdas y no puedes hacer nada. Mi padre murió por la traición de uno de los suyos, asumí su cargo siendo muy joven y me costó el sudor de mi frente limpiar el club de mierdas. —Se sinceró con ella, le acababa de mostrar algo muy personal y le agradeció esa confianza.

—No sois unos santos, pero no unos asesinos—repitió las mismas palabras que él le había dicho. —¿Qué pasó con el traidor?

—Lo maté—. Dante se dio la vuelta y la esperó subido a la moto.

Lucía no le juzgó, ella hubiera hecho lo mismo por su padre. Tocó la imagen por última vez y regresó con su hombre mitad demonio mitad ángel. Arrancó y siguieron el trayecto con el viento acariciándoles la piel. Lucía se permitió cerrar los ojos y soñar, estaba tan relajada con la cara apoyada en su espalda que no se dio cuenta de que habían llegado a su destino. Alzó la cabeza y vio que estaban en el club Atalaya, en el principio de esta turbulenta relación. Se bajó de la moto y caminó de la mano de Dante. Este abrió el local y tiró de ella, se estaba acostumbrando a que la guiara. Anduvieron por la rampa hasta la segunda puerta, giró el pomo y entraron. Cerró con llave para asegurarse de que nadie les molestara.

—Siéntate—. Ordenó mientras iba a buscar una botella de vodka y dos vasos de chupito.

Regresó dejando la botella encima de la mesa y sirvió dos tragos, giró la silla dejando el respaldo contra el filo de la mesa y se sentó frente a ella.

—Bebe.

Lucía no entendía nada de esta situación, cuando se ponía en plan dominante se perdía. Cogió el vaso y se lo tragó de un golpe. Él volvió a rellenarlo y le incitó con la mirada a que volviera a beber. No estaba acostumbrada y dudó, no quería emborracharse.

—No quiero beber, ¿por qué quieres que beba? —preguntó un poco molesta.

—Soy como el vodka, ardiente, fuerte y salvaje. Si eres capaz de aguantar tres chupitos te haré mía.

Lucía se quedó sin palabras, no se esperaba aquella contestación. Se sintió ofendida, sabía que era una mujer pequeña y delgada, pero también guardaba bajo su piel el mejor alcohol que jamás hubiese probado Dante. Lo único que le faltaba era valentía porque las inseguridades la limitaban a la hora de realizarse como persona, pero estaba harta de ser frágil y débil a ojos de los demás.

Se levantó de la mesa y fue a la barra del bar, Dante la siguió con la mirada. Lucía buscó en la estantería hasta dar con lo que buscaba, cogió una botella de tequila y la llevó a la mesa, volvió a sentarse y sirvió dos chupitos.

—Soy como el Tequila, a primera vista parece inocente, pero cuando lo pruebas te haces adicto a su sabor.

Dante no dijo nada, la observó durante unos instantes que a Lucía le parecieron eternos hasta que él se levantó de la silla y bruscamente la alzó aprisionándola contra su cuerpo.

—Tendré que beber de tus labios, chupar la sal de tu cuerpo y morder el

limón que se esconde entre tus piernas.

VII

Millones de dudas pasaron a la velocidad de la luz por la cabeza de Lucía, ahora que estaba entre los brazos de Dante se sentía hipnotizada por su aroma a rueda quemada. Le miró los labios entreabiertos y dio el primer paso, deseaba volver a besarlo y sentir ese cosquilleo que le hacía sentirse querida e importante.

Los perfiló con la punta de la lengua y después buscó la suya para bailar juntas en este acto perverso. Una vez sus bocas danzaron las manos se buscaron en caricias, él hundió sus dedos en su cabello y ella hizo los mismo. Se separaron un momento para recuperar el aliento, Dante apoyó la frente en la suya.

—¡Joder! —voceó cargando a Lucía sobre sus hombros. Cogió la botella de vodka y la llevó a la sala privada donde se celebraban las reuniones del club.

Al igual que en el sótano del taller había una mesa de madera de caoba enorme, la dejó sobre esta y le cogió un pie para quitarle la bota, después la otra y por último le desabrochó los botones del pantalón e introduciendo los dedos en la cinturilla tiró suavemente hasta deslizarlos por sus torneados muslos. La dejó con el tanga puesto. La observó maravillándose de su belleza apoyado con las manos en sus rodillas, era una delicia que olía a pecado. Con sumo cuidado le abrió las piernas y fue bajando la cabeza hasta que su nariz aspiró el aroma de su sexo, cerró los ojos embriagado y sacó la lengua para lamer por encima del tejido, estaba húmeda y su sabor era nicotina.

Mordió la prenda y con ayuda de las manos se la quitó hasta dejarla desnuda de cintura para abajo. La miró desde aquella posición tan comprometida y sonrió perverso, sacó la lengua, quería que la viera para que se excitara más y con calma la pasó por la sonrisa vertical. Esta se arqueó

respondiendo a sus caricias. Dante perdió la cabeza y la besó de forma loca degustando lo que era suyo. Su arte primitiva de amarla la hizo gritar su nombre y eso le gustó.

—Te voy a matar empujando con mis caderas...

—Será un crimen perfecto...

Se quitó la chupa y la camiseta negra, Lucía admiró embobada cada músculo, en el pectoral tenía tatuado el escudo del club. Sus manos bajaron hasta el cinturón del pantalón y se lo desabrochó para después bajarlo y quedarse completamente en cueros. A Lucía le costaba respirar, la excitación se notaba en el ambiente y las ganas de poseerse el uno al otro.

Le metió un dedo en la vagina y se lo llevó a la nariz para olerlo, ver aquello la hizo suspirar y morderse el labio. Se acopló entre sus piernas y guio el miembro a su entrada resbaladiza, se hundió sabedor de las consecuencias de conectar con el alma de su chica de cristal. Gimió como las gaviotas en una bahía, era fascinante rozar el pene en sus paredes vaginales estrechas. Empujó las caderas matando esos amargos sabores del principio y disfrutando de las nuevas sensaciones tan placenteras y que le cautivan el corazón. Alcanzaron el clímax con la piel sudorosa y las carnes temblorosas. Se derrumbó encima de la mesa sin dejar de abrazar a Lucía.

—Tenías razón, quiero más de ti... —confesó Dante todavía suspirando.

—Tengo miedo, no voy a negar que me produces más que fascinación y lo que siento me asusta. —Lucía necesitaba poner las cartas sobre la mesa, aquella relación estaba yendo tan rápida como el motor de la *Harley*.

—Nadie es dueño del destino, el nuestro se cruzó volviéndonos locos. El tiempo no declara los sentimientos, son las sensaciones. El que manda es este de aquí—se tocó el pecho— lo demás no importa y si los animales copulan nada más conocerse para aparearse, nosotros los humanos nos enamoramos cuando el corazón late diferente. —Le apartó el pelo de la cara y la miró con

intensidad.

—Dante... —se volvieron a amar saboreando más especias del uno del otro.

Más tarde abandonaron el club y fueron directos al taller, Dante tenía que reunir a sus chicos y explicarles todo lo que había averiguado interrogando a Raúl.

VIII

A la mañana siguiente se despertó enredada en el cuerpo de su chico, le encantaba la sensación de madrugar abrazada a él.

No quiso despertarlo, y lo observó durante un buen rato. Era un hombre tierno y duro a la vez, muy dominante, pero a pesar de su carácter no la coaccionaba; al contrario, le daba libertad para pensar y realizarse como persona.

—Buenos días, chica de cristal. —Abrió los ojos medio adormilado.

—Buen día, tipo duro—. Le dio un beso que calentó sus cuerpos, pero esta vez desataron la pasión bajo el agua caliente de la ducha entre juegos y caricias.

Lucía se estaba adaptando bien al club, esta nueva vida le fascinaba y más caminar al lado de Dante. Le daba gracias al destino por haberse cruzado con él, solo tenía ojos para su hombre peligroso y tierno. Tenía el nombre en sus labios a todas horas del día y lo mejor de todo que estos eran correspondidos con besos.

Se estaban preparando para salir a la calle, Dante tenía trabajo en el taller. El teléfono móvil de su chico que se encontraba en la isla de la cocina sonó y Lucía lo cogió pues este estaba en el baño terminando de asearse.

—Dante, mueve tu puto culo al taller. Tenemos reunión, el Indio ha puesto precio a tu cabeza, ten cuidado en el trayecto.

Lucía colgó temblando y con un nudo en la garganta que la ahogaba, las lágrimas estaban a punto de salir aunque intentaba sin éxito contenerlas. En ese momento apareció Dante vestido y con las llaves de la moto en la mano, la encontró gimoteando en el salón y se preocupó.

—Nena, ¿qué sucede? —La abrazó para calmar su sufrimiento.

—Te ha llamado Rocky, el Indio ha puesto precio a tu cabeza—habló con

la voz quebrada.

—¿Por eso estás llorando? —Lucía asintió—. No te preocupes, no me pasará nada.

—No eres inmortal, sangras al igual que todos. —Se apartó de su abrazo molesta—. Te van a matar Dante, no puedes morirte, ¡te lo prohíbo! —gritó tapándose la cara. Este la cogió por las muñecas.

—¿Por qué? —preguntó sin mostrar emoción.

—¡No lo entiendes todavía! Este sufre por ti. —Se tocó el corazón—. No sé qué me has hecho y tampoco entiendo esto que me provocas...

—¿Qué te provoco? —preguntó con voz oscura.

—No sé explicarlo... —Lucía se tiró a su cuello y lo besó con toda la pasión que conocía. —Dante...

—Tranquila, soy difícil de matar—. Hundió su cara en el hueco de su cuello y aspiró su aroma.

Lucía tenía los nervios crispados, intentaba confiar en sus palabras, pero era difícil después de ver con sus propios ojos cómo se las gastaba el club de los Mohicanos. Condujeron con dirección al taller de motos, Dante iba atento a la carretera no quería sorpresas. El semáforo se puso en verde y al arrancar la moto, de la nada, salió un coche que la embistió. Lucía salió disparada al asfalto y rodó varios metros hasta que chocó con la acera. Dante se deslizó varios metros sujeto a la moto, no había podido soltarse, la pernera se le había enganchado en el chasis. Quedó tendido inconsciente en el suelo.

Lucía abrió los ojos y vio varias motos rodeándolo, no podía mover un músculo. Se fijo en las chupas, llevaban el emblema de los Mohicanos y tras varios minutos se alejaron del sitio y se llevaron con ellos a Dante. Solo quedó la moto.

Se tumbó bocarriba y gritó con todas sus fuerzas mirando al cielo, su peor miedo se había hecho realidad. Arrastró su cuerpo hasta una farola y con

las pocas fuerzas que le quedaban se alzó, tenía sangre en la frente y varias contusiones, pero nada grave. Caminó cojeando hasta la moto, pesaba una barbaridad para ella. Lo intentó, pero no pudo. De la misma rabia le dio una patada haciéndose daño en el intento. Se cayó al suelo sujetándose el pie y vio algo que la podía ayudar, la pistola de Dante estaba en el suelo. Jamás había usado una, pero la utilizaría para pedir ayuda.

Justo en ese momento pasó un coche y lo paró con el arma apuntando al vehículo y con la cara llena de lágrimas. El conductor se detuvo asustado, Lucía aporreó la ventanilla gritando que saliera del coche. Este lo hizo con las manos alzadas y se retiró unos centímetros temiendo que disparara el arma, pero no lo hizo. Lo único que quería era el coche para llegar al taller e informar a los chicos de lo sucedido. Se montó y arrancó dejando en el asiento del copiloto la pistola.

Llegó y aparcó justo en la entrada de mala manera. Se apeó como pudo y llamando la atención de todo el mundo. Físicamente estaba lamentable. Carla al verla salió en su busca y la ayudó a sentarse encima de una pila de neumáticos, con la mirada buscó a Dante y al no verlo se asustó.

—¿Dónde está Dante? —preguntó temiendo la respuesta.

—Ha sido una emboscada, un coche nos arrolló en un cruce y salimos disparados... después...—rompió a llorar.

—¿Después que! —Evocó Rocky negando con la cabeza, no quería creer que su presidente estuviera muerto.

—Los Mohicanos vinieron y se lo llevaron, no sé si está muerto... o solo inconsciente, no se movía.

El vicepresidente reunió a los hombres, irían de caza y traerían de una pieza a Dante. El club tuvo una reunión de emergencia y planearon asaltar a los Mohicanos a bocajarro y a machete en mano.

Carla llevó a Lucía a la enfermería que tenían improvisada, allí intentó

curar sus heridas, pero esta no se lo permitió. Tenía otras cosas más importantes de qué preocuparse y no era precisamente ella misma.

—Lucía, cálmate, hay que desinfectar las heridas—intentó darle con la gasa, pero esta la apartó de un golpe.

—No puedo, tengo que ir a buscar a Dante. ¡Lo van a matar!

—No puedes hacer nada, eres una mujer. Estos asuntos son... —no la dejó terminar.

—Cosas del club, ya lo sé.

Se miró al espejo y ella misma limpió sus heridas y las desinfectó. Se reunió con las chicas en el bar, todas estaban preocupadas y en silencio. No solo los Mohicanos tenían a Dante, sino que muchos de sus hombres irían a rescatarlo jugándose la vida. Tenía claro una cosa, que alguien pagaría con su vida la ira de los Mohicanos.

Carla le trajo un vaso de vodka y dejó la botella al lado para que se sirviera las veces que quisiera, todas tenían un nudo de nervios en el estómago. Entre trago y trago se acordó de algo que podía ayudar en todo aquel asunto. Lo vio claro y se excusó con las chicas diciendo que necesitaba ir al baño.

La noche cubría con su velo la ciudad, los chicos se acababan de ir a por refuerzos. Les iban a pedir a los Ángeles del Infierno ayuda, estos eran hermanos y tenían muy buena relación con la hermandad. Nadie podría impedir que intentara ayudar a su chico sin que se derramara sangre. Fue directa al coche que había robado, pero una voz la interrumpió.

—Diga lo que diga, no me vas a hacer caso, ¿cierto? —preguntó Carla que le había seguido.

—Cierto. El día que me crucé con él en el Atalaya, sin conocerme me dio lo máspreciado para un miembro del club, su chupa con el emblema. Me salvó de que aquellos brutos me tocaran; sin importarle que me acababa de

reclamar como suya para protegerme. Ahora me toca a mí salvarlo a él. Dante ha hecho más que darme un simple chaleco.

—De acuerdo, solo espero que sepas lo que haces. —Se acercó a ella y le quitó el móvil para apuntar su número de teléfono—. Si me necesitas no dudes en llamarme.

Lucía se subió al coche y arrancó, su primera parada sería ir en busca de Raúl, necesitaba entrar en el Séptimo Cielo y sabía que aquel local era exclusivo en miembros, por suerte su exnovio era cliente habitual.

IX

Nunca en toda su vida había corrido tanto montada a un vehículo, llegó en menos de veinte minutos a su antiguo apartamento. Se bajó del coche y entró con sus viejas llaves. Llamó al ascensor y pulsó el número cuatro. Respiró profundamente infundiéndose valor porque lo iba a necesitar, se guardó la pistola en la cinturilla del pantalón de la espalda como una delincuente. Las puertas se abrieron y se encontró a Raúl frente a frente arreglado para salir. Se quedó mudo y el cigarrillo que tenía en la boca se le cayó al suelo, negó con la cabeza pues no quería problemas con aquel motero.

Lucía al ver miedo en sus ojos aprovechó esa debilidad para coaccionarlo, se jugaba la vida de su hombre bruto. Sacó la pistola y le apuntó a la cabeza.

—Lucía... —alzó las manos rindiéndose.

—Sube. Ahora. —Al ver que no se movía le puso el cañón en la frente—. ¡Mueve tu puñetero culo! —Sintió una liberación extraña en su interior y se alegró.

Este se metió en el ascensor con las manos en alto, Lucía le obligó a ponerse contra la pared y le colocó el cañón en la nuca, quería que atendiera a sus palabras.

—Escúchame con atención, quiero que me cueles en el Séptimo Cielo y te prometo que si haces lo que te digo le diré a Dante, mi hombre, que te quite de la lista negra.

—¿Qué lista? —preguntó sudando.

—Es como una lista de morosos, pero si te portas bien y obedeces quedarás libre. Te doy mi palabra—. Raúl asintió.

Salieron a la calle y le dijo que condujera, quería tener las manos libres por si tenía que apretar el gatillo, cosa que nunca se planteó en todo este plan

descabellado. Necesitaba darse prisa, si Dante seguía con vida estaba a las puertas del Valhalla.

A mitad de camino le hizo pararse en una farmacia de guardia clandestina que conocía. Había ido muchas veces a buscar medicamentos caros para los más desfavorecidos. Ambos bajaron del coche, Lucía guardó la pistola y caminaron por un callejón oscuro hasta la puerta trasera de la farmacia de contrabando.

Raúl vio que no tenía el arma e intentó escapar corriendo, pero Lucía no se lo permitió. Esta sacó la pistola y apuntando a la nada disparó, el corazón le palpitaba muy rápido y las manos le temblaban, pero sonrió con un subidón en el cuerpo increíble. Por suerte no le había dado, pero hizo que su ex dejara de huir y regresara, acababa de comprobar que Lucía iba muy en serio.

—Vuelve a jugármela y te meto una bala entre ceja y ceja—. Le advirtió.

—No te conozco, eres otra. —Le reprochó cabizbajo y aceptando que estaba secuestrado por su exnovia.

—Nunca me conociste—sentenció pasando por su lado.

Llamó a la puerta y un hombre de color la atendió, la conocía de otras veces. Le pidió una serie de pastillas y le pagó al momento dándole las gracias. Regresaron al coche y continuaron su camino. Raúl no entendió porque quería esas pastillas y preguntó curioso.

—¿Estás enferma?

—No, las necesito para secuestrar a un tipo. —Le informó mientras que con las llaves de casa machacaba las pastillas mezclándolas todas ellas en el cenicero del coche.

—¿Vas a secuestrar a un tío en el Séptimo Cielo?

—No, vamos a secuestrar a un tipo—habló con tranquilidad.

—Mira, Lucía, no pienso meterme en líos. Me estás pidiendo demasiado. Me niego.

—Vale, entonces tendré que matarte para que no vayas a contarle a la policía lo que pretendo—. Sacó el arma y le apuntó a la sien. Asustar a Raúl estaba siendo muy divertido.

—Lucía, por favor, estuvimos juntos. Puedes confiar en mí, no diré nada.

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué confíe en ti? No me hagas reír chico infiel. Tú eliges, ¿te vuelo los sesos o me ayudas a secuestrar a Jeff Madison?

Raúl pegó un frenazo justo en la puerta del Séptimo Cielo agarrando el volante con fuerza. La miró sin poder creer lo que pretendía, los sudores le bajaban por la frente.

—¿Estás loca? Jeff Madison es un asesino. ¿Cómo piensas engatusarlo? ¡Baja de las nubes!

—Siempre tengo los pies en la tierra, ahora baja del coche y entremos en el local. Necesito encontrarlo.

—Lucía, es peligroso. Nadie puede acercarse a su zona vip sin ser invitado. ¿No te das cuenta?

—Tranquilo, esta mezcla explosiva hará las cosas fáciles y mi cuerpo de hembra lo sacará de su zona de confort—explicó enseñándole la bolsa con las pastillas desmenuzadas y mezcladas.

Lucía se enganchó del brazo de Raúl y no tuvieron problemas para entrar al local, era un lugar muy exclusivo y había personalidades conocidas de la política de Alemania. Este le señaló con la cabeza a Jeff Madison que se encontraba en un privado con varias mujeres y hombres. Iba a ser difícil, tenía que pensar algo con rapidez, el tiempo se acababa.

—¿Te acuerdas del Negro? Está muerto, él lo mató. —Compartió información con Raúl para que se sintiera parte del plan y menos violento.

—¿Qué? Entonces los rumores eran ciertos—habló en voz alta.

—¿De qué hablas?

—Todos los de aquí sabían que el Negro estaba de luto, su mujer había

muerto hacía un mes, la habían violado brutalmente. Nadie se metía con él, ni siquiera las chicas lo molestaban. Yo, como tantos, creíamos que venía a beber y a ver mujeres guapas. Hasta que hace dos semanas empezó a hablar con Jeff y a divertirse con él.

Lucía lo vio claro, el Negro buscaba al asesino de su chica y Jeff Madison tenía todas las papeletas de sus sospechas. Dante le había mencionado la noche anterior de que el Negro estaba muy enamorado de su vieja dama. Pero lo que su chico y el club no sabían era que Ramona estaba muerta. Todo cobraba sentido, el hermano del Indio no frecuentaba el Séptimo Cielo para buscar sexo, sino venganza.

—¿Y por qué vendría a un lugar como este si estaba de luto? —preguntó intentando que soltara algo más esclarecedor por la boca.

—Su chica se llamaba Ramona, y trabajaba en el club desde hacía un año. Era camarera de mesas, solo servía copas. Supongo que lo haría para martirizarse, porque no le encuentro sentido a sus continuas visitas. —Ahí tuvo la confirmación de sus sospechas.

La puerta del privado se abrió y Jeff Madison salió solo, lo siguió con la mirada y lo vio claro. Se dirigía al cuarto de baño. Tenía que aprovechar la ocasión para llevar a cabo el plan, se sentía como un flan, pero debía hacerlo si quería tener una oportunidad con Dante.

—Raúl, gracias por todo. Quedas libre, puedes irte a casa y por cierto, ya no estoy enfadada contigo. —Le dio un beso en la mejilla como despedida. Lo dejó marchar, al final se había sentido muy culpable por la manera en que lo había tratado.

Raúl se quedó atónito con su declaración, después de haber jugado con sus sentimientos lo había perdonado. La vio alejarse e internarse en los aseos de caballeros. Se apoyó en la barra para tomarse la última copa y se iría, no quería más problemas y menos con la justicia o con basura callejera.

Lucía entró en el baño de caballeros, era muy grande y luminoso. Escuchó el sonido de la orina en uno de los retretes y esperó paciente a Jeff apoyada en el lavamanos. Mientras tanto mezcló toda la droga en el cubata que se había traído con ella, pensaba hacérselo tomar por la fuerza si era necesario.

Escuchó la cisterna del váter y se preparó para conquistarlo con las únicas armas factibles que tenía, su cuerpo. Fingió ir bebida y se apoyó de forma provocativa en la pared mirándolo con descaro. Jeff se acercó sonriendo y se detuvo a un palmo de su cara.

—Hola, preciosa, ¿quieres que te coma el coño? —Enarcó una ceja.

—Sí, ¿me quito las bragas? Toma, sujétame el vaso, puedes beber, es vodka—habló hipando y carcajeándose.

—Gracias, pero no. —Dejó el vaso encima del lavabo y le pasó una mano por el cuello. Lucía notó su tacto y le dio asco, pero aguantó—. ¿Qué diría el presidente de los Atalaya si follara con su vieja dama? —preguntó tirando fuerte de su pelo. Esta no se lo esperó y su cara fue puro terror. No entendía cómo podía saber que era la mujer de Dante—. Cariño, tienes mucho que aprender, si quieres engañarme lo primero que tienes que hacer es quitarte el chaleco de tu hombre.

A Lucía se le heló la sangre, con las prisas y los nervios no se lo había quitado. Se sintió estúpida, ahora estaba en un gran problema del cual no veía posibilidad de escapar de una pieza. Aunque las lágrimas que surgieron de su mirada azulada no fueron por miedo sino por su chico, le había fallado. Había querido jugar a los héroes y había caído en la red del villano de la manera más ridícula.

Jeff Madison la agarró del cuello y apretó con fuerza estrujándola contra la pared. Esta le sujetó la muñeca intentando apartarlo, pero era demasiado fuerte. Pensó que se le iba la vida, pero de pronto cayó al suelo inconsciente.

Miró hacia arriba intentando comprender que había sucedido y se encontró con su salvador. Se quedó estupefacta al ver a Raúl con una botella de vodka en la mano.

—¿Estás bien? —preguntó horrorizado al ver lo que había hecho—. Lo he matado...

—Gracias—se acercó al cuerpo y le tomó el pulso—está vivo, ¿cómo lo sacamos de aquí?

—Al salir del baño hay una puerta de emergencia que da a un callejón.

Lucía vigiló la entrada al baño mientras que Raúl sacó a Jeff arrastrándolo de las piernas. Lo dejó tirado detrás de un contenedor de basura y fue corriendo a por el coche, Lucía se quedó con él vigilando que no se despertara. No tardaron en meterlo en el coche, en la parte de atrás. Raúl se sentó a su lado y con la botella de vodka en la mano por si acaso regresaba del mundo de Morfeo. Lucía condujo sin destino, no tenía ni idea de donde tenían el territorio los Mohicanos. Cogió el teléfono y marcó el número de Carla, esta descolgó al segundo.

—Lo conseguí, tengo a Jeff Madison inconsciente en el coche. —Soltó orgullosa de su éxito.

—¡Estás loca! Ese es un hijo de puta muy grande, por algo lo llaman el sicario de Satán. Joder, Lucía, ¿estás bien? —Carla se preocupó.

—Estoy bien, mi ex me ha ayudado...

—Es oficial que estás loca, ¿tu ex?

—Carla no es momento de explicaciones, dime dónde puedo encontrar a Dante.

—El territorio de los Mohicanos se encuentra en Lichtenberg.

Lucía apagó el móvil y condujo sin importarle que sobrepasaba la velocidad permitida. Aquel era uno de los barrios más peligrosos de Berlín, pero le daba igual puesto que sus pensamientos estaban puestos en Dante. Una

vez que se aproximaban a la zona del club rival bajó la velocidad, tenían que estar atentos y dar con alguna señal que les indicara donde estaban los hombres del Atalaya.

Al girar la esquina vio un solar lleno de motoristas vociferando y en medio a Dante y al Indio a punto de pelear con una navaja. Aquella escena no tenía buena pinta, tenía que parar la lucha, quería a su hombre de una pieza y sin un rasguño.

—¿Cómo piensas llamar la atención de más de ochenta hombres?
—preguntó Raúl muerto de miedo.

—Con el coche.

Metió primera y piso el acelerador a la misma vez que tocaba el claxon, los hombres se apartaron a la carrera para no ser atropellados. Su intención era llegar al centro de la pelea e interrumpirlos.

Dante rodeaba a su rival ajeno a que la chica de cristal venía a salvarlo. Sus hombres y los Ángeles del Infierno habían llegado a un acuerdo con los Mohicanos para resolver este asunto a la antigua usanza, que no era otra que el cuerpo a cuerpo a muerte. No tuvo más opción que aceptar si no quería entrar en una guerra de territorios y eso no le convenía al club. Si acababa muerto, Rocky, subiría al mando con el asunto zanjado.

La pelea estaba a punto de comenzar, pero justo cuando se iban a enfrentar y dar el primer golpe unos pitidos distrajeron a ambos y se tuvieron que apartar prácticamente de un salto para no ser embestidos. Un coche con las luces puestas se detuvo en mitad del solar, todos los allí presentes se quedaron en silencio a la expectativa de quien había dentro de aquel vehículo. La puerta se abrió y salió Lucía con la pistola en la mano y sin mostrar ningún tipo de emoción en la cara, aunque por dentro estaba temblando.

—¡Solicito hablar con el presidente de los Mohicanos! —gritó para que todos la escucharan.

—Una mujer no puede hablar con el club, largo de aquí si no quieres que te hagamos una cara nueva—dijo uno de los Mohicanos.

—Toca a mi chica y te parto las piernas, gilipollas—lo amenazó Dante. Miró a Lucía perplejo, articulando con la boca la palabra: márchate. Ella le sonrió y negó con la cabeza.

—Vaya, que grata sorpresa—habló el Indio— ¿Vienes a salvar a tu hombre? ¿A suplicar por su vida? —se mofó de ella.

—Mi hombre es un buen luchador, no le hace falta ayuda. He venido a ayudarte a ti, pero me tendrás que dar algo a cambio—. Se cruzó de brazos en plan chulesco para que viera que no era una mujerzuela.

—¿Tienes la cara de interrumpir una pelea pactada por los clubes y encima vienes exigiendo? Tú lo has querido, ¡Daniela! Llévala a la garita y no le quites el ojo de encima, luego me encargo de ella cuando mate a su hombre hijo de puta.

—No—negó Lucía para que la escuchara.

En ese momento Daniela la cogió del brazo y esta le dio con la culata de la pistola en la cabeza, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Le apuntó a la cabeza y habló.

—Me vas a escuchar por la buenas o por las malas, gilipollas. O te juro que le vuelo los sesos a esta puta de tu vieja dama—. Amenazó Lucía.

—Mátala, hay muchas mujeres en el mar—. Daniela se quedó fría al escuchar las palabras del Indio aunque no le sorprendieron, sabía de la calaña que estaba hecho.

—Largo de aquí, puta. —Miró a la traidora a los ojos y le hizo un gesto con la cabeza para que desapareciera de su vista—. Indio, tengo al asesino de tu hermano en el coche. Jeff Madison violó y mató a Ramona, por esa razón tu hermano el Negro frecuentaba el local el Séptimo Cielo. Él quería vengar a su mujer, pero le salió mal la jugada.

—Solo hay una manera de comprobarlo. —Intervino Dante—. Jeff Madison es conocido por tatuarse en el brazo a sus víctimas, si sus nombres están ahí ya tienes tu venganza, sino nos enfrentaremos a muerte.

Raúl bajó del coche asustado, y Dante al verlo apretó el puño. No sabía muy bien qué hacían juntos, pero fuera lo que fuera estaba metido en el ajo hasta el cuello. Si todo esto se solucionaba hablaría con él para dejarle claro que no se podía acercar a su chica a más de un metro, los celos lo cegaban.

Lucía abrió la puerta trasera y tiró de Jeff del brazo, cayó al suelo medio moribundo y con una herida en la cabeza más grande que la que tenía en el callejón. Miró a su ex pidiéndole explicaciones.

—Mientras tu hablabas aquí fuera se ha despertado, le he tenido que dar varias veces más hasta dejarlo inconsciente—. Se defendió nervioso.

Esta puso los ojos en blanco y se agachó para comprobar el pulso, lo tenía muy débil, pero se calló y no dijo nada. Después de todo se merecía morir como un perro, no se había ganado la compasión de nadie. Dos de los hombres del Indio se acercaron y delante de todos lo desnudaron de cintura para arriba, la cantidad de nombres tatuados en la piel, no solo por los brazos sino por el torso era estremecedor, por algo se había ganado el apodo del sicario de Satán. Efectivamente Dante tenía razón, los nombres de Ramona y el Negro estaban reflejados en su cuerpo de asesino.

El presidente de los Mohicanos se acercó rabioso y gritando insultos, lo cogió por el pelo, levantó la cabeza y le rebanó el gajate. Todo había acabado, pero antes de irse se acercó a Lucía.

—Te has ganado mi respeto, has conseguido lo que no he sido capaz de hacer. Has resuelto el crimen de mi hermano, gracias. Desde hoy los Mohicanos están en paz con los Atalya—. Dio media vuelta y se marchó ordenando a sus hombres la retirada.

Lucía respiró profundamente, miró a su chico que se encontraba de una

pieza y se emocionó, había sufrido por él lo que nunca por una pareja. Soltó el arma y corrió a sus brazos, él la estrechó y aspiró el aroma de su pelo sin quitar ojo a Raúl.

—He estado muerta de miedo por ti...

—¿Qué hace él aquí? —preguntó sin poder pensar en otra cosa.

—Lo secuestré para que me ayudara a entrar en el Séptimo Cielo, lo amenacé, lo insulté y lo traté mal, pero gracias a él puedo abrazarte. Raúl me salvó la vida, Jeff estuvo a punto de matarme. —Cogió su cara entre sus manos para que la mirase a los ojos—. No he pasado un infierno para que tú te pongas celoso sin motivo, te quiero a ti y deseo estar bajo tus dominios.

—Eres mi destino cruzado... —la alzó entre sus brazos del suelo y la besó con pasión delante de su hombres—. Eres mi ángel de la guarda.

—Soy médico, mi labor es salvar vidas y no perder ninguna.

Por suerte para todos, la cosa había acabado bien, y se alegraban de ello. Lucía había demostrado que había perdido la cabeza locamente por Dante, se había vuelto adicta a su hombre y a su mundo. Desde aquel día se ganó el respeto de todo el club Atalaya y Raúl se convirtió en un buen amigo, aunque su chico no estaba muy conforme con su decisión, pero la respetó porque él tenía su corazón. Nunca había dudado del valor de su chica de cristal, aquella noche lo demostró jugándose la vida por él.

X

Tres meses después.

Lucía llevaba toda la mañana visitando enfermos, su chico le había montado un local al lado del taller para tener su consulta privada. Quería que siguiera consiguiendo sus sueños, y sabía que ser doctora era muy importante para ella pues supo su significado el día que compartió con él la historia personal del dibujo del muro.

Esperó a que saliera su última paciente para robarle un beso, tenía una sorpresita para ella y quería secuestrarla un rato. La observó desde el umbral, ella estaba ensimismada en sus papeles con aquellas gafas tan sexys que llevaba puestas. Entró y cerró la puerta de un golpe queriendo llamar su atención. Lucía levantó la vista y vio a su motero sonriéndole, se le hacía la boca agua cuando sonreía de esa manera tan perversa. Él se apoyó en la mesa y se inclinó para darle un beso tras otro, cuando probaba su boca no tenía fin.

—Dame la mano—pidió Dante misterioso.

—Tengo que trabajar, no puedes esperar a después—lo hizo a propósito, era consciente de que a su chico le molestaba que él no fuera su primera opción.

—Chica de cristal, no me cabrees que hoy estoy muy contento.

Lucía se levantó y le dio la mano, este la arrimó a su cuerpo y la besó en el hueco del cuello volviéndola loca, era su punto débil. La cogió en brazos y salieron así de la consulta mientras iba saludando a todos sus hermanos que se cruzaba en el camino.

—Me encanta que hoy lleves falda—le dio un beso para que no protestara.

Llegaron a la *Harley* y subió con ella en brazos, una vez acomodado cambió la posición de su chica y la sentó encima de él quedando frente a frente.

—Dante, ¿qué vas a hacer? Esto es peligroso—. Vio sus intenciones de salir a la carretera en esa postura.

—Mi segundo nombre es peligro, chica de cristal—. Le dio un pico en los labios y arrancó la moto. Sus hombres lo vitorearon y Lucía escondió la cara en el hueco de su cuello muerta de vergüenza y divertida a la misma vez.

Dante se dirigió a las afueras de la ciudad y rodó con tranquilidad disfrutando del sol y del viento en su rostro. Ella se deleitó de la sensación de estar entre los brazos de su hombre mientras conducía. Al cabo de unos veinticinco minutos llegaron a una cabaña en mitad del bosque. Paró la moto y se quitó el casco tirándolo sin cuidado al suelo, necesitaba besar a Lucía. Enredaron sus bocas y él bajó de la moto con las piernas de su chica entrelazadas a su cadera.

—¿Qué significa esto? —preguntó contra sus labios.

—Hoy hace tres meses que te encontré y te reclamé sin conocerte—. Lucía se quedó sorprendida, había estado tan sumergida en su trabajo que se olvidó por completo. No podía creer que su chico duro fuera un romántico empedernido.

—Eres una caja de sorpresa—susurró enamorada de su hombre bruto.

Entró a la cabaña con ella en brazos y le pidió que cerrara los ojos, esta obedeció divertida. La posó en el suelo y la guio por la estancia hasta un rincón.

—Abre los ojos...

Lucía los abrió y se quedó muerta, delante de ella había un lienzo y su rostro estaba dibujado resaltando un rasgo de su cara, los ojos. Dante había dibujado a su chica de cristal de manera especial, con la mirada brillante de

amor y sensualidad. Se emocionó y las lágrimas fueron prueba de ello, las palabras no le salían, se ahogaron en la garganta. Estaba asombrada porque no sabía que su chico fuera un artista.

—Dante... —la abrazó desde atrás y la besó el cabello.

—Así te veo yo, eres mi destino cruzado, mi vida, mi ángel guardián, mi guerrera y mi camino. Chica de cristal, te quiero. —Fue la primera vez que escuchó esas dos palabras en su boca.

—Yo... —se dio la vuelta y escondió la cara en su pecho—. Llevo toda la vida esperándote, soñando con una vida como esta y tú me la has dado. Te quiero, Dante y solo mi corazón sabe cuánto te amo.

—Quiero emborracharme con el ron miel que desprende tu sexo...

No hubo más palabras que el lenguaje de sus cuerpos, se quitaron la ropa hasta quedar desnudos por completo. Se deseaban de una manera loca. Lucía se dio cuenta de que Dante se había tatuado en la cadera las dos palabras mágicas: *destinos cruzados*, era el mismo tatuaje que ella tenía en la misma parte del cuerpo. Lo rozó con el dedo y sonrió, era lo más bonito que nadie había hecho nunca por ella.

Se besaron largo y tendido, explorando las sensaciones más exquisitas de los preliminares, el deseo del uno por el otro. Se tumbaron en el suelo al calor de la apuesta del sol, los rayos entraban por el gran ventanal iluminando su piel sudorosa.

—Me apetece un trago...

Se levantó y cogió una botella de vodka, Lucía admiró las espléndidas vistas. Le encantaba observar el movimiento tan sexy de sus glúteos turgentes y duros como una piedra. La agarró y la desenroscó con los dientes mirándola con picardía, le dio un trago que bajó ardiendo por su garganta. Sonriente anduvo con sus andares chulescos y se arrodilló entre sus piernas con el pene excitado, dio otro trago y retuvo la bebida en su boca. Incluyó la cabeza y

escupió el líquido en su sexo, dejó el vodka a un lado y con las manos abrió sus muslos. Sacó la lengua y le dio un placentero lametón que la estremeció de pies a cabeza.

Gateó por su cuerpo hasta su boca, jugó con su lengua y después fue bajando, dejando un reguero de besos. Empezó por su mejilla, mentón, cuello, se entretuvo en sus pezones, siguió por su abdomen hasta llegar de nuevo a su sonrisa vertical. Lucía, expectante, vio que cogía el pincel, con dos dedos le abrió los labios vaginales y dibujó en su carne hinchada lo que sentía por ella: te quiero.

—Siempre estarás bajo mis dominios, chica de cristal.

Se hundió en su cuerpo despertando sensaciones extraordinarias, ella enlazó las piernas en su cadera para mayor profundidad y él le alzó los brazos por encima de la cabeza para chupar sus pechos. Acompasaron sus movimientos de pelvis gozando del sexo, buscando el placer hasta que ambos gimieron y alcanzaron el clímax a la vez.

Recuperando el aliento, Lucía se acurrucó entre sus brazos, se había convertido en su lugar favorito y escuchó el latido de corazón de su hombre peligroso.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lucía.

—Ahora, viviremos quemando nuestro deseo en la boca del otro hasta que la muerte nos vuelva a reunir.

Al Sur de Andalucía



*Al Sur de
Andalucía*

*"En la próxima vida
búscame con más ganas"*

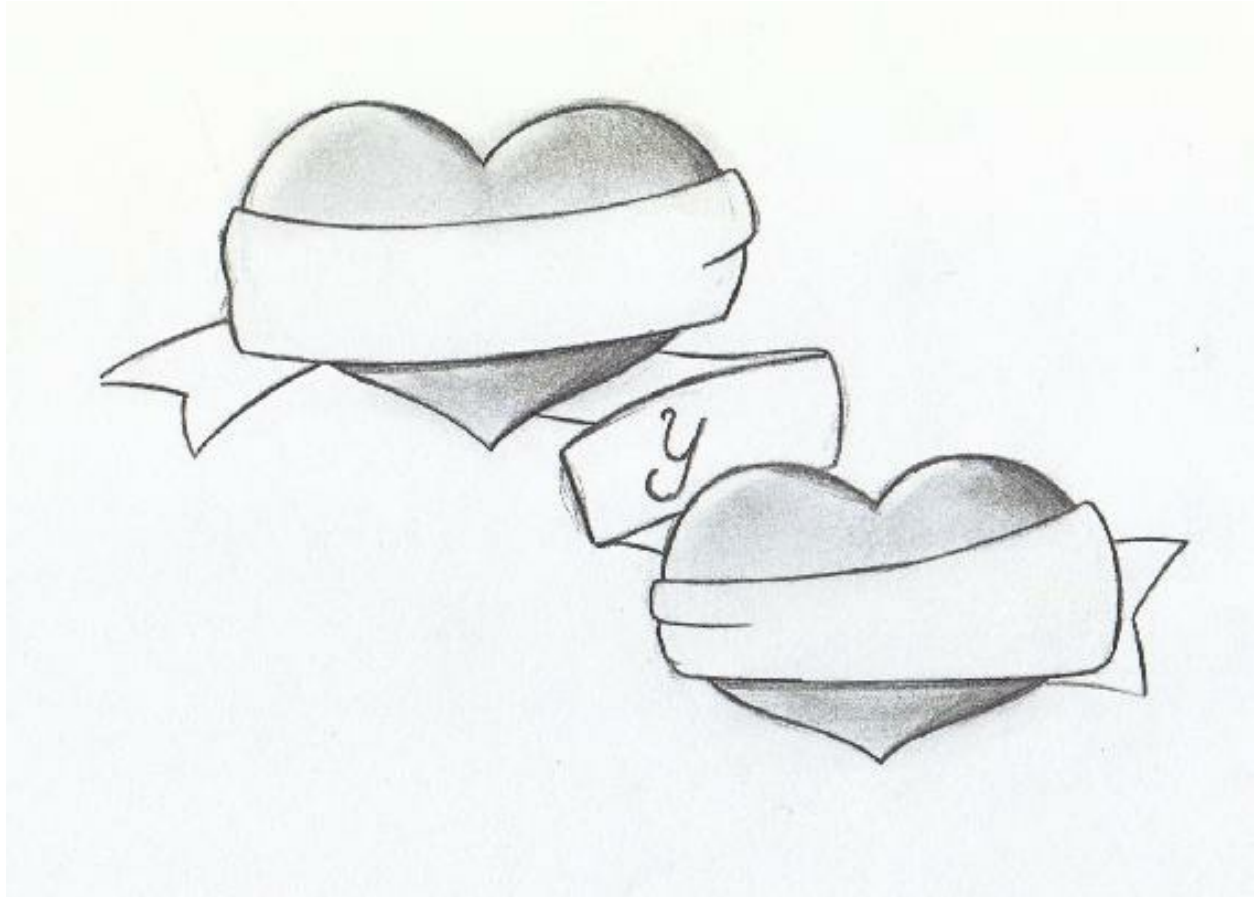
Katy Molina

“Me calaste tan hondo, que me
hice una transfusión de sangre para limpiar mí
corazón de ayer y llenarlo de presentes”

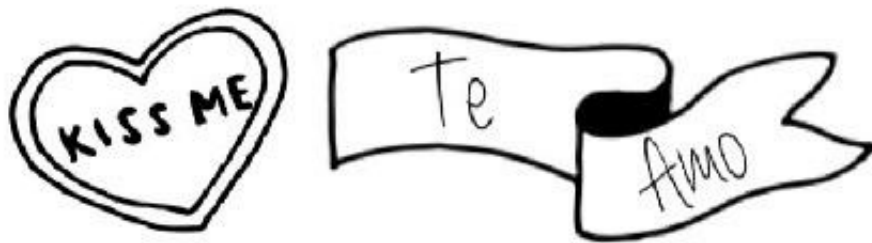


Katy Molina

Esta historia es propiedad de...



TÚ, ERES
MI MITAD PERFECTA



**FELIZ DÍA
DEL
AMOR**

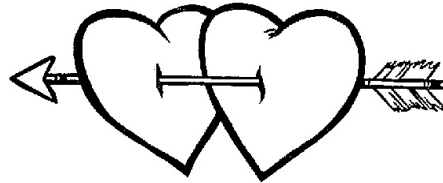


"TENGO GANAS DE TI LAS 24H AL DIA"

.....

Al Sur de Andalucía

“De madrugada, miré al cielo esperando que Alexander me sintiera tan cerca como yo lo sentía. No fue premeditado, el que me enamorara, simplemente sucedió sin darme cuenta”



Verano del 2015, junio.

Todo empezó una noche, me encontraba tumbada en el sofá de casa y de pronto, el móvil sonó con un mensaje en el *Messenger* de *Facebook*. Fueron unas simples palabras: *“Hola, buenas noches”*, escribió. A partir de ese inocente saludo comenzó la historia eterna entre un alemán y una andaluza.

Día a día, fuimos hablando y conociéndonos sin prisas. Sin darnos cuenta surgió una bonita historia de amistad, una muy sincera y profunda —una que sin pretenderlo— fui enamorándome cada día de sus palabras, de su voz y ternura.

Alexander, era un hombre complicado, tenía muchos problemas en la vida. Llegué como un remedio para su malestar, fui su luz en la oscuridad. Durante casi un año estuvimos forjando una amistad especial, y a pesar de la distancia, fuimos muy dependientes el uno del otro.

Mi pareja, era un buen hombre, pero muy distinto a mí. En cambio, Alexander me daba todo lo que siempre deseé en un hombre. Se había convertido en mi secreto más personal e íntimo.

Nos llamábamos a todas horas, nos escribíamos e incluso chateábamos por *Facebook*, era un no parar. Nos convertimos en una obsesión. Mi vida no me la imaginaba sin él, lo necesitaba y cuando por trabajo hablábamos menos,

me daba ansiedad de no poder escuchar su voz.

Muchas veces miraba a mi pareja queriendo que fuese tan atento como Alexander. Dicen que nuestra media naranja ronda en algún lugar del mundo queriendo encontrarnos. La encontré, pero demasiado tarde. Yo ya tenía una vida.

Santiago, así se llamaba mi pareja, no tenía ni idea de mi relación con el alemán. Sufría cada día sintiéndome una mala persona, estaba mal lo que estaba haciendo. Él no se merecía que le fuera infiel de pensamientos, pues no lo podía ser de otra manera, la distancia era un inconveniente.

Día a día fui engañándome, me decía a mí misma que mi pareja era buena para mi vida y que lo que sentía por Alexander era simplemente atención.

La relación con Santiago estaba muerta de amor desde hacía mucho tiempo y yo no quería verlo, pero el problema no era el alemán sino mi ceguera. Sin darnos cuenta, la pasión se había acabado. Si tengo que ser sincera, creo que nunca la hubo, solo nos acostumbramos a estar juntos. Llevábamos saliendo desde el instituto, él había sido mi primer todo y nunca tuve otra opción.

Alexander era distinto, se preocupaba por mi bienestar, me dedicaba palabras dulces y tiernas. Era mi todo y mi nada, pues no lo tenía a mi lado. Cuando lo conocí, su vida era un desastre y no confiaba en las personas. Por mi carácter andaluz desinhibido, supe sacarle del pozo. A distancia, con un simple teléfono, conseguí darle esperanza y luz a su vida. Le aporté felicidad e hice que volviera a sonreír a la vida.

La mía se complicó muchísimo, pasaba las horas pensando en Alexander, soñaba con abrazarlo. Un día, mi pequeño, así me gustaba llamarlo cariñosamente, me confesó que se había enamorado de su mejor amiga, esa era yo.

Me quedé muda, llorando, sin saber qué contestar. Le hubiese dicho que

yo también lo amaba, pero no podía. Querer es fácil, lo difícil es expresarlo. No pude decirle la verdad, no quise hacerle daño. Hablé con él para convencerlo de que estaba confuso. Tuve que decirle que había confundido los sentimientos, que la soledad hacía que nos sintiésemos confusos a la hora de recibir un poco de cariño. Se me encogió el corazón al recordar como negaba e insistía. Al final, tuve que decirle que no olvidara que tenía pareja y que no complicara más las cosas. Recuerdo con anhelo el último mensaje de buenas noches que le escribí y que en el último momento borré: “*En la próxima vida, búscame con más ganas*”.

Ese día fue definitivo para que mi corazón lo reconociese como mi mitad perfecta. La amistad siguió y Alexander se contuvo en sus sentimientos. Hasta que llegó el día que una mujer cambiaría nuestros destinos, ella sería el detonante para desatar la tormenta del sufrimiento.

Alexander se obligó amar, era un hombre consumido por la soledad, con una familia egoísta y una vida dura. Necesitaba tener a alguien a quién abrazar, besar y sobre todo que lo quisiese con libertad. Creí que animarlo a conocer mujeres, traería un equilibrio a lo nuestro, pero me equivoqué. Ahí empezaron los problemas.

Ella se llamaba Lorena, una mujer tres años mayor que él, divorciada con dos niñas y buena persona. Esa era la única información que tenía acerca de aquella mujer misteriosa. Desde el minuto uno la envidié, nunca había sentido lo que era tener celos hasta ese momento. La razón era muy simple; quería ser Lorena, deseaba abrazarlo, besarlo, saber a qué olía y compartir sus días.

La ansiedad y los celos jugaron un papel importante, me volví más posesiva, quería saberlo todo sobre su relación. Solo se estaban conociendo y apenas hablaban a causa del trabajo. Noté a Alexander más distante y eso me volvió loca. Él seguía queriéndome, decía que era su mundo, su único amor, pero no podía competir con mi pareja. Estaba siendo egoísta, lo sabía, pero

por alguna razón no podía evitarlo, me había enamorado de mi mejor amigo.

La relación continuó, pero ya no había palabras cariñosas, ni conversaciones íntimas, éramos dos colegas que habían encerrado los sentimientos en la cárcel de nuestros corazones.

La vida siguió su curso y mi relación fue a peor. Me había dado cuenta de que nunca lo había querido y de pronto deseé tener otra clase de vida. No me quería sentir encerrada en una jaula y que el tiempo y la edad me consumiesen. Debía tomar una buena decisión si no quería ser una desgraciada. Me armé de valor y dejé a mi pareja. Ha sido lo más duro que he hecho en mi vida, le rompí el corazón, pues me di cuenta de que me amaba cuando las lágrimas corrieron por sus mejillas. La vida, a veces, es una noria que gira y gira sin darte tregua.

Me fui del piso de alquiler que compartíamos en Málaga y me mudé a mi Cádiz, a mi tierra natal. Mi hermana Samara me acogió en su hogar. Estaba felizmente casada con Manuel, mi cuñado, con el que había tenido hacia cinco años a una niña preciosa: Estrella.

Dejé todo atrás por un amor imposible, pues todavía no le había dicho nada a Alexander, se le veía tan ilusionado con Lorena que no quería ser yo la razón de su desilusión. Se merecía ser feliz. En realidad, esperaba que cogiese un avión y se plantara en Cádiz y que mi mundo volviese a tomar su rumbo. Pero era improbable ya que no sabía de mi situación.

Efectivamente no fue así, ¿me equivoqué al dejar a mi pareja? No, no lo hice. Creo que Alexander fue un ángel que cayó del cielo ofreciéndome la oportunidad de saber que era estar enamorada. Esa fue mi historia. Hoy en día sigo viviendo con mi hermana, sigo hablando con mi alemán favorito y sigo siendo un corazón solitario.

Había encontrado trabajo en un comedor escolar sirviendo almuerzos a los niños más pequeños. Alexander seguía dándome los buenos días por

mensaje de texto y a lo largo del día hablábamos de la rutina. La relación se había enfriado un poco, lo notaba. A penas me hablaba de Lorena, mi pequeño siempre había sido más consciente que yo de mis sentimientos hacia él. Lo único que pretendía era evitar más daño.

Por la tarde, me llevé a la pequeña Estrella a la playa a jugar con las olas del mar. Sentada en la arena, el móvil sonó, era Alexander.

—Buenas tardes, bombón —utilizaba ese término cariñoso para dirigirse a mí—. ¿Qué tal tu día?

—Bien, ahora estoy con la niña en la playa, Estrella necesita salir a jugar al aire libre.

—¿Todavía está tu hermana en Málaga?

Acababa de meter la pata, le había dicho días atrás que Samara había venido a verme tras escuchar a Estrella gritando en una conversación telefónica, pero la noche anterior le había dicho que se marchaban por la mañana temprano.

—Sí, se me olvidó decirte que se han quedado más días —dije rápidamente para salir del paso.

—Genial, así pasas más tiempo con tu familia.

—Tú... ¿qué tal con Lorena? —La curiosidad me pudo.

—Bien, es estupenda, una persona formidable. Ahora tenemos más tiempo y nos vemos más.

—Me alegro por ti —. Era una media verdad.

Estuvimos hablando un rato más de nada en particular, siempre me sacaba una sonrisa. Al colgar, me dio un pellizco en el corazón y sin poder contener las lágrimas, lloré.

Alexander me había contado que había besado a Lorena por primera vez y que le había gustado. Odié a esa mujer sin razón, ella había probado su esencia y yo solo podía imaginarla.

Los días pasaron y mi luz se fue apagando, no tenía ganas de nada. Samara me animaba con buenos consejos para que continuara con mi vida. Me decía que había sido muy valiente en dejar a mi pareja si no la amaba, pero que no forzara las cosas con Alexander. Ella no creía en amores de redes sociales, no comprendía cómo me había enamorado de una voz.

Para mí era más que eso, me sentía completa desde que lo había conocido. Nunca nadie podría sustituir al alemán. Aquel día, recibí un mensaje de texto de mi expareja. Decía que había empezado a salir con Susana, una amiga de la infancia. Me alegré mucho por él, me quedé más aliviada al saber que su sufrimiento se había acabado gracias a Susana.

Le mandé un mensaje de texto: «*Santiago, deseo que seas muy feliz con tu novia y espero que algún día me perdones. Nunca fue mi intención hacerte daño*».

Le di a enviar, sin darme cuenta le envié el mensaje a Alexander. La respuesta no tardó en llegar, me llamó a los cinco minutos muy cabreado. Todavía no sabía que me había equivocado al mandar el mensaje.

—Hola, Alex —contesté como si nada.

—Cuando pensabas decirme que habías roto con Santiago, ¿por qué me lo has ocultado?

Miré con rapidez el móvil, efectivamente me había equivocado de destinatario, ya no tenía secreto y excusa.

—Lo siento, no quería condicionarte con Lorena. Estás muy ilusionado y...

—¿Dejaste a tu novio por qué estás enamorada de mí? —preguntó con voz angustiada.

—No, lo dejé porque se acabó el amor —mentí.

—Bombón, sé que he tenido la culpa, si yo no hubiera sido tan...

—Tan bueno conmigo, tan buen amigo, que a pesar de no conocernos en

persona me quisiste sin esperar nada a cambio —. Las lágrimas ya se desbordaban en mis ojos tristes.

Me desahogué con mi amigo, le conté casi todo, no podía decirle la verdad. No podía contarle que lo amaba. No debía, yo le había empujado a los brazos de otra mujer para que se sintiera vivo y no solo. No era justo que en su mejor momento viniera a exigir mi lugar, no porque él no lo había reclamado conmigo poniéndome entre la espada y la pared.

En la puerta de casa de mi hermana, sentada en el porche con la apuesta de sol escondiéndose en el horizonte, recibí un mensaje de texto de mi querido alemán: «*En la próxima vida, búscame con más ganas*».

El corazón me palpitó muy rápido, pues ese mismo mensaje le había escrito hacía un tiempo. Estaba segura de que no se lo había mandado, solo podía significar que los dos pensábamos igual. Odié al destino, a la vida, como era posible que dos almas gemelas que se habían encontrado no pudiesen estar juntos.

La pregunta que me hacía era si tanto Alexander como yo estábamos dispuestos a dejarlo todo por amor. ¿Por qué no estábamos juntos? No tenía respuesta. Tal vez, no era suficiente el amor y la honestidad, qué fallaba, había algo que no lograba entender. A veces, en la soledad de la noche, me preguntaba si todo era un sueño y esos sentimientos en realidad no existían, si no que eran un mero espejismo.

Acabó el año y con él la relación de amistad, no podía sufrir más, necesitaba seguir con mi vida e intentar ser feliz con lo que la vida me había premiado.

Fue mi primera pelea con Alex, no entendía mi actitud, me suplicó que no me alejara de su vida, que me necesitaba, que siempre seríamos amigos, pero mi corazón debía respirar o acabaría por morir mi alma.

—Bombón, por favor, no te alejes. ¿Por qué me haces esto?

—¡No puedo más! ¡No lo soporto!

—¿Qué ocurre?

—Tu relación con Lorena...

—¿Qué pasa con ella?

—Nada, soy yo, llevo amándote en silencio desde que me confesaste que me querías. No lo aguanto más, no sé cómo soportabas mi relación con Santiago.

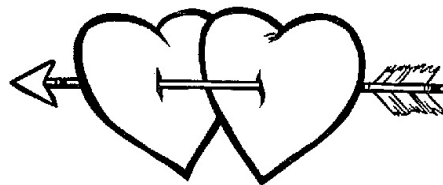
—No lo hacía, simplemente me resignaba.

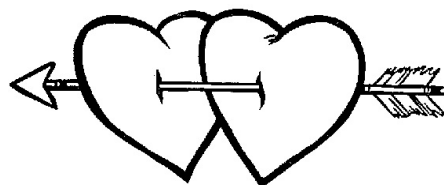
—Entonces me aguantaré—casi no podía hablar, esperaba que dijera las palabras mágicas, pero no llegaron.

—Lo siento Candela, pero estoy conociendo a Lorena, no puedo romperle el corazón, no sería justo.

Colgué. No quería seguir hablando, lo había dejado todo por un sueño imposible. Creí que correría a mis brazos, él me amaba, éramos dos mitades perfectas, dos almas enamoradas. ¿Qué había cambiado en tan poco tiempo? ¿Todo había sido una ilusión? No lo comprendía, pues la vida me había dado una valiosa lección. El amor es felicidad y dolor, esas dos partes iban unidas, una no coexistía sin la otra.

Alexander era mi hombre, el corazón no engaña, pero tal vez yo no fuera su mujer. La decepción dio paso a la distancia. Elegí la regla del hielo, congelé mis sentimientos para poder avanzar y poco a poco fui alejándome sin que se notara.





Verano del 2016, junio.

Un año ha pasado, un año sin saber de mi alemán. Me fui sin dar explicaciones. Tuve que hacerlo, él me empujó. La decisión la tomé cuando me confesó que se iba casar con Lorena. Mi maltrecho corazón sangró aquel día y se quedó vacío de por vida. He intentado conocer a otros hombres, pero no he podido volver a sentir. Incluso hoy en día, sigo anhelando un beso suyo, una caricia, unas palabras de aliento. Todavía lo amo y creo que lo haré el resto de mi vida.

Hace unos meses que me compré una bonita casa junto a la bahía de Cádiz. Dejé el trabajo del comedor y pude realizar mi sueño de ser escritora. Gané un concurso literario con mi novela “Al Sur de Andalucía”, una bonita historia de amor entre un alemán y una andaluza. Ya que no tuve ese final feliz que tanto deseé en el pasado y que hoy en día sueño. La editorial Titania me publicó el libro y fue récord de ventas. Me hicieron un contrato laboral y sigo realizándome como escritora.

Un sábado por la tarde, fui a una librería para la presentación de mi novela, a firmar libros, en mi ciudad, en mi querido Cádiz. Me siento emocionada, nunca pensé que llegaría tan lejos con una novela inspirada en una historia real.

Samara me acompañó a la firma, estaba demasiado nerviosa como para ir sola. Me sentaron en una mesa para atender a los lectores. Aquel día fui feliz, sentí calor en mi corazón de hielo por dos cosas muy distintas: una por la

cantidad de gente que acudió y otra porque mi corazón palpitó por un hombre. Unas manos gruesas y trabajadas me entregaron mi novela. Levanté la mirada y me encontré con unos ojos azules como el mar del Caribe. Al cruzar nuestras miradas, me sonrió mostrándome esa bella sonrisa. Por un segundo, me quedé embobada. Le devolví la sonrisa, la mía nerviosa.

—¿A nombre de quién lo firmo? —pregunté con timidez.

—Derek Heber, por favor.

Deslicé el bolígrafo sobre la hoja casi temblando, le dediqué unas palabras: “*Para Derek Heber, que el Sur de Andalucía te brinde felicidad*”.

—Gracias —exclamó recogiendo el libro. Sin planearlo, nuestras manos se tocaron y saltaron las chispas.

Vi alejarse a Derek con un bastón de apoyo, cojeaba de una pierna. Sin darme cuenta, mi corazón se descongeló un poco. Era hermoso volver a sentir, el calor de los sentimientos es la mejor medicina para el desamor. Nunca pensé que pudiera volver a sentir. Mi pena era que probablemente no volviera a verlo.

Aquella noche, terminé la firma de libros sobre las diez. Samara al verme radiante de felicidad, se alegró por mí. Ella había sufrido mis silencios llorosos. Feliz, me invitó a una copa de vino en un bar que quedaba justo al lado de la librería. Pedimos dos tintos y brindamos por el éxito. Todo era casi perfecto, solo faltaba alguien que iluminara de luz mi camino. Después de dos copas y unas risas, dimos por terminada la velada. Al salir del restaurante, tropecé con el bordillo de la puerta principal. Iba a caer al suelo sino llega a ser por unas fuertes manos que rodearon mi cintura. Sobresaltada me giré y me encontré con aquella mirada glacial que calentaba mi corazón, era Derek.

Mis mejillas ardieron por la vergüenza, fui a darle las gracias, pero mi boca se secó y no salía sonido alguno. Me olvidé incluso de mi pobre hermana que nos observaba con una sonrisa pícaro. Fue un instante, uno muy íntimo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó preocupado.

—Candela —balbuceé atontada intentando decir mi nombre.

—¿Cómo dice?

—Candela, me llamo Candela. Por favor, tutéeme.

—De acuerdo —sonrió —te encuentras bien, Candela.

—Sí, gracias a ti. Podía haberme comido el suelo.

—Ha sido un placer volver a ver a mi escritora favorita. Estoy de viaje de placer, serán unos días y espero volver a verte.

No supe que contestar, me quedé muda. Todo estaba siendo muy rápido. Pero Samara lo fue más, sacó una libreta del bolso y anotó mi nombre y mi número de móvil. Se acercó y se lo dio a Derek. La miré asombrada por su descaro y feliz de que tuviera más valor que yo.

—Mi hermana ha bebido un poco más de lo cuenta, disculpa su falta de juntar dos sílabas seguidas y por supuesto, estará encantada de tomar un café contigo— me cogió del brazo y tiró de mí dejando atrás a un Derek sorprendido y sonriente.

Esa noche soñé con Derek: *“me encontraba en un lago y de las profundas aguas como un Dios Griego surgía Derek con el torso descubierto. El oleaje lo atraía hacia mí, hasta rozar mis labios, los cuales le robaron un beso. Al abrir los ojos, me encontré con el rostro de Alexander”*. Me desperté sobresaltada y sudada. Dicen que el primer gran amor no se olvida jamás, muchos pasarán y te harán feliz, pero el gran amor es aquel que te trasporta a un nivel que ni siquiera los versos de Antonio Gala pueden compararse. Es algo que se siente y no se puede explicar con palabras.

A la mañana siguiente, trabajando frente al ordenador en mi próxima novela: “Sexo, Orujo y Flamenco”, recibí un mensaje de texto: «*Candela, te invito a tomar café. ¿Te gustaría?*». Casi grité de alegría, estaba deseando recibir un mensaje de Derek. Los nervios invadieron mi alegría provocando

ansiedad.

Dejé el ordenador encendido y subí las escaleras de dos en dos. Debía darme prisa para arreglarme. Una vez en la ducha y llena de jabón, me di cuenta de que del mismo entusiasmo no había contestado al mensaje. Grité histérica, salí con la toalla liada al cuerpo y mojada. Casi resbalé en el piso, bajé las escaleras a la carrera y llegué al salón buscando el móvil. Samara pasó por mi lado y me lo entregó negando con la cabeza. Me quedé mirándola sin saber qué hacía allí.

—Candela, céntrate, es un buen partido —dejó un plato de lentejas y se marchó.

Miré el móvil y vi que mi salvadora había contestado por mí hacia diez minutos, sonreí agradecida. Samara había venido a dejarme un plato de comida, siempre que cocinaba guisos me incluía en el menú. Mi hermana era mi ángel de la guarda, siempre estaba cuando más se la necesitaba.

Subí a mi habitación y terminé de arreglarme, al mirarme al espejo vi mi sonrisa bobalicona. Me quedé absorta mirando mi reflejo, no recordaba la última vez que vi mi rostro iluminado. Me gustó volver a sentir esa sensación de cosquilleo en el estómago.

Llegué al “Café Paris”, mi hermana se había ocupado en decidir la hora y el lugar. Era una cafetería acogedora con sofás muy cómodos para conversar. A Samara le encantaba ese café, le recordaba a su serie favorita, “*Friends*”. Entré nerviosa y vi a Derek sentado al final del local leyendo un periódico. Era un hombre atractivo, físicamente era apuesto, tenía el pelo corto y rubio, unas arruguitas de expresión asomaban adorables. Para mí era perfecto. Levantó la vista del periódico, parecía que hubiese sentido mi presencia. Una bonita sonrisa se dibujó en su cara y a mí me temblaron las piernas.

Sin desviar la mirada de la suya llegué hasta él. De inmediato, se levantó como el galán que era y me dio dos besos. Olía a canela, me gustó su aroma

personal. Nos sirvieron dos capuchinos y estuvimos hablando toda la tarde sin descanso. Parecía que nos conociésemos de toda la vida. Nos gustaba la misma música, las mismas películas e incluso los mismos platos de comida. Derek era una persona muy divertida y entretenida. Era un libro abierto, se podía conversar de cualquier cosa con él.

—¿De dónde eres? —pregunté.

—Alemán, soy rubio de ojos azules —bromeó —¿has estado alguna vez?

—No, nunca. Del sur de Andalucía nunca me he movido. Soy una mujer simple, sin grandes aventuras en su vida.

—No, creo que eres brillante e interesante.

—Gracias, Alexander —contesté sin darme cuenta. Me puse colorada.

—¿Quién es Alexander? —preguntó con una sonrisa.

—Nadie —contesté avergonzada.

—Candela, no temas. Si lo has nombrado tuvo que ser alguien importante en tu vida o lo es.

—Lo fue, era alemán como tú, creo que mi memoria lo relacionó y por eso lo nombré. Disculpa, no era mi intención.

—Tranquila Candela, no importa. ¿Era tu expareja?

—No, éramos muy amigos y sin darnos cuenta nos enamoramos. Lo dejé todo por él.

—¿Y qué pasó?

—Nos olvidamos con el tiempo, él conoció a una buena mujer y yo perdí mi tren.

—¿Todavía lo amas?

—Nunca se deja de amar a alguien, ¿no?

—No, nunca —contestó pensativo.

No hablamos más del tema, creo que se dio cuenta de que me afectaba demasiado. Seguimos conociéndonos con típicas preguntas. El tiempo pasó

volando. Llegó la hora de marcharse. Derek fue todo un caballero, me acompañó hasta mi casa. Iba a invitarlo a entrar, pero era arriesgar mucho en la primera cita. Aunque me moría de ganas por robarle un beso. No hizo falta que hablara, Derek fue más rápido. Se acercó a mí y me besó. Mil mariposas explotaron en mi vientre, me emborraché de su esencia y quise más. El alemán se apartó y besó mi frente para despedirse.

—Buenas noches Candela, ha sido un placer.

Se dio la vuelta para marcharse, pero lo interrumpió las ganas de seguir a su vera.

—¿Me llamarás? —fue un ruego.

—Como podría no llamarte, claro que sí bombón.

El corazón se descongeló del todo y bombeó con fuerza. Me acababa de llamar igual que Alexander. No podía tener al amor de mi vida, pero me conformaría con alguien similar. Ilusionada, esa era la palabra, así me sentía. Llamé a Samara para contarle mi velada y acabé triste, pues ella era la voz de mi consciencia. Se alegró por mí, pero me recordó que era un turista y aquí a unos días se marchaba. Mi hermana me había animado a salir simplemente para que tuviera vida social y dejase de lamentarme por mi vida. Al final acabaría sufriendo de nuevo, mi corazón se quedaría desolado otra vez. Ella tenía razón, debía proteger mi corazón para que no acabase igual que con Alexander. No aguantaría dos golpes. Me acosté llorando, era injusto, parecía que el universo estuviese en mi contra. Solo sé que la razón, a veces, pierde contra los sentimientos, así fue. Sabía que Derek se marcharía dentro de tres días. Tenía dos opciones, apartarme para proteger mi corazón o vivir. Elegí la segunda. Así que me armé de valor y le mandé un mensaje, le invité a comer a casa. Debía aprovechar hasta el último momento de su estancia. Aceptó gratamente, preparé rabo de toro. Siempre se me había dado bien cocinar.

Llegó la hora y ansiosa esperé su llegada. Fue puntual y eso me gustó de

él. Me saludó con un beso en los labios que hizo que me derritiera y estremeciera. Me robó el aliento, me quedé sin palabras. Fuimos al comedor y serví los platos, me miró entusiasmado frotándose las manos. Había acertado con la receta. Comimos con una agradable conversación, pasamos buen rato y descubrimos muchas cosas que teníamos en común. Serví el café, me envalentoné y le pregunté sobre el bastón que llevaba a todas partes.

—¿Cómo te hiciste la lesión? —pregunté acercándole la taza.

—Hace dos años y tres meses tuve un accidente de tráfico muy grave. Los médicos no daban nada por mí, estuve a las puertas de la muerte, pero finalmente no vino a buscarme. —Se quedó pensativo antes de continuar —después vino lo más duro, no podía caminar. Los doctores decían que no volvería a levantarme, no me daban esperanzas.

—¿Y cómo conseguiste andar? —estaba sorprendida por su recuperación, era un orgullo de superación.

—El amor, esas fueron mis ganas de querer levantarme. Conocí a un ángel en una noche oscura en la soledad de la habitación del hospital. Sus palabras me dieron ganas de recuperar mi vida y su amor. Quise vivir para estar con ella.

—Eso que dices es muy hermoso, Derek —tuve que aguantar las ganas de llorar —¿Dónde está ella?

—Se fue...

Fue su última contestación, no quise seguir, pues entendía su dolor. Éramos dos almas, que, en el pasado, nos habían hecho daño la persona que habíamos amado con locura. Tal vez el destino nos hubiese puesto en el mismo camino para arreglar nuestros corazones.

Cambié de tema para alegrarle y estuvimos hablando de nuestras familias. Me equivoqué, no se llevaba bien con su padre, su madre había fallecido hacía tiempo y tras su muerte su padre se había vuelto a casar. Derek

nunca aceptó aquel suceso, su relación entre padre e hijo era escasa por no decir nula. Sonreí forzada, la velada iba de mal en peor y sin pensar en las consecuencias me lancé a besarlo. Fue mi perdición más perversa. Una vez empecé no pude parar. Hacía tanto tiempo que no intimaba con un hombre, que casi lo devoré. Me coloqué a horcajadas encima de él y me dejé llevar por la pasión y las ganas de que me amasen, aunque fuera una noche.

Lo hicimos allí mismo, en el sofá. Fue cariñoso, atento y tierno. Al terminar, me quedé entre sus brazos recuperando el aliento. Me estaba volviendo a enamorar sin darme cuenta y a decir verdad era maravilloso.

Los tres días pasaron demasiado rápido como un amor de verano. Sin pensar en las consecuencias del dolor de la separación, nos dedicamos cada minuto a disfrutar de nosotros mismos. Me sentí feliz, realizada al igual que cuando hablaba con Alexander. Creí no volver a sentir amor. Me equivoqué, a veces, el destino nos sorprende sin más.

Las historias de amor se escriben sobre lienzos utilizados con anterioridad, la mayoría de las veces es mejor que el primero. A mí me sucedió, estaba dispuesta a todo para no dejar escapar ese tren.

El último día, con la caída del sol, paseamos por la orilla de la playa cogidos de la mano. Derek era perfecto, un hombre atento, cariñoso y con un corazón que no le cabía en el pecho. Nos sentamos en la arena y así poder despedir el día.

—Nuestra última noche... —exclamé con pesar.

—He de volver a Alemania, todavía me queda una última operación en la pierna y espero poder deshacerme del bastón. El dolor es insoportable y no puedo estar toda la vida con morfina. —Me quedé a cuadros ante tal confesión. No tenía ni idea —. Candela, solo serán un par de meses.

Me entró el pánico.

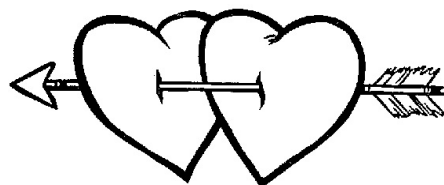
—Dos meses es mucho tiempo y yo... —cerré los ojos y quise decirle

que lo dejaría todo y que me iría sin más, pero el recuerdo de Alexander invadió mi mente. El miedo fue más fuerte, era terror a que me utilizaran, a que me mintieran y todo aquello provocaba inseguridad en mi persona tomando malas decisiones. La realidad era que no quería renunciar del todo a Alexander, siempre había tenido la esperanza de que volviese a mi vida. Todavía lo amaba, aunque Derek también se había colado en mi corazón. Me di cuenta en ese instante que estaba preparada para sentir y ser feliz, pero no estaba preparada para darlo todo de mí y dejar atrás mis raíces.

—Candela, has sido el aire fresco que necesitaba, una cura que anhelaba para superarme de mis miedos, eres maravillosa y si todo sale bien y el destino nos deja, volveré a tu lado. Te lo prometo —me hizo una promesa sincera y mi corazón lo quiso un poco más.

Aquella noche, la luna lloró por dos enamorados que, sin más remedio, debían decirse adiós. A petición de Derek, nos despedimos al amanecer entre besos y caricias. Antes de cruzar el umbral de la puerta de entrada y despedirse me dijo: *«al sur de Andalucía me enamoré de dos luceros, fui amante del aroma a jazmín y adicto a los besos de Candela»*.

Me besó con dulzura, fue un beso intenso y a la vez amargo, pues una vez más mi corazón quedó desolado.



Nueve meses después.

—¡Candela! Enhorabuena, es una niña preciosa —habló Samara entusiasmada.

Lloraba sin consuelo con mi niña en brazos, era un trocito de mí y de Derek. A las tres semanas de su marcha empecé a sentirme mal cada mañana. Fui al médico de cabecera con mi hermana y fue cuando descubrí que estaba embarazada.

Samara gritó de alegría en la consulta mientras que yo lloraba. Había una razón: llevaba sin saber del alemán desde que se marchó. Preocupada por si le había sucedido algo, llamé por teléfono y nunca contestó. Todo había quedado en un espejismo como con Alexander, fue bonito mientras duró.

—Es mi Bombón, así se llamará —me acordé de la única palabra que relacionaba a mis dos amores, “Bombón”.

Así llamé a mi hija a pesar de las protestas de Samara, pensó que me había vuelto loca. Mi vida de alguna manera se llenó de luz, mi pequeña se convirtió en mi único amor y mis días fueron felices a pesar de que en la soledad de la noche añoraba, por igual, a Alexander y a Derek. Era curioso, pues parecían la misma persona.

Una tarde, paseaba por la bahía de Cádiz con el graznido de las gaviotas de fondo y el olor a sal marina. Me encantaba esa sensación de sentir el aire salado en la cara. Me senté en un banco a descansar, la pequeña dormía plácidamente en el carro. El móvil sonó con un mensaje de texto. Lo cogí y lo

abrí, era de un número desconocido, decía: «*Cásate conmigo*». El corazón me fue a mil, no entendía nada y a la vez deseaba que fuera Alexander o Derek. De pronto, sentí el aliento de una persona en mi oído, me susurró: “*Hola, bombón*”. Me giré llorosa y a punto de gritar Alexander, pero no, era Derek. Sonreí temblando de la cabeza a los pies y con los nervios a flor de piel.

Definitivamente, Derek era mi destino y el padre de mi hija. Me lancé a sus brazos sin importar que me hubiese tenido nueve meses sin saber noticias tuyas. Le golpeé en el pecho con rabia por no haber dado señales de vida.

—¿Por qué? —exigí saber.

—Candela, la operación se complicó, mi cuerpo no aguantó la anestesia y estuve siete meses en coma, pero aquí estoy de nuevo.

—Dios mío... —cogí su cara entre mis manos —¿Por qué no me llamaste al despertar?

—No podía, ni siquiera sabía si podría salir adelante, nunca he querido ser una carga para ti. En cuanto me dieron el alta, reservé el primer vuelo para el sur de Andalucía. Tú eres mi mundo, Candela y sin ti no puedo vivir.

—Derek... —si alguna vez tuve alguna duda sobre el amor de Derek se esfumó en ese momento. Me di cuenta de que era tan importante como Alexander había sido, y supe que en la vida se podía amar a tantas personas como el corazón te permitiera —. Sí, sí quiero —contesté a su mensaje y petición de matrimonio.

Una bonita sonrisa se dibujó en su cara, me abrazó tan fuerte que casi nos fundimos, nos besamos sellando nuestro futuro. Todavía quedaba algo importante, presentarle a Bombón.

—¡Vaya!, que preciosidad —Derek se acercó al cochecito al percatarse de la presencia de la pequeña —Samara ha tenido otro bebé, fantástico.

—No es de mi hermana, es mi hija.

—¿Tu hija? —me miró blanco pensando en lo peor.

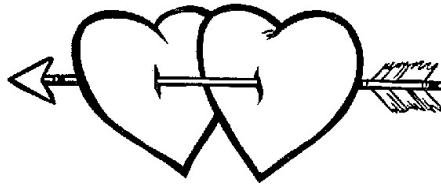
—Sí, mi hija —sonreí disfrutando de ese momento. Se merecía sufrir un poco por todas las noches de soledad que pasé estando embarazada.

—¿Quién es el padre?

—Tú, Derek. Tú eres el padre. —Su cara fue un poema de asombro y felicidad. Dos lagrimones corrieron por su cara —. Me quedé embarazada y aunque no te tuve a mi lado, seguí con el embarazo. Bombón es mi corazón y mis ganas de vivir.

—Candela... lo siento... yo...

Silencié su boca posando un dedo en sus labios, no hacía falta disculparse por haberme regalado una hija maravillosa. Nos miramos enamorados y nos besamos haciendo saltar las chispas del corazón.



Mi historia no acabó aquí, todavía quedaba un capricho del destino. Llegó el día de la boda, estábamos tan ansiosos por casarnos que, a los tres días de nuestro reencuentro, lo hicimos por el juzgado y más tarde, a las dos semanas, hicimos una boda simbólica en la playa, a la hora del crepúsculo.

Escribimos nuestros propios votos para hacerla más íntima. Samara hizo de testigo. Todo en mi vida era casi perfecto, salvo por la espinita que llevaría el resto de mi vida, no era otra que Alexander.

—Derek, tus votos por favor —intervino Samara.

Me agarró las manos y besó cada una, me acarició emocionado y empezó hablar.

—En la próxima vida, búscame con más ganas.

Casi me desmayo de la impresión, me faltaba el aire, no entendía nada. Solo una persona me había dicho aquellas palabras y había sido Alexander, mi mitad perfecta que quedó atrás en el tiempo. No existían tantas coincidencias en la vida, no podía ser. De repente, mi mente quedó invadida de momentos y palabras vividas con Derek tan similares a las de Alexander.

—No puede ser... —físicamente eran distintos. Lloré de rabia, pena y felicidad.

Mi hermana se preocupó por mi estado, no entendía nada. Sentí una mezcla de sentimientos en mi vientre que no me dejaban pensar con claridad. Derek no podía ser Alexander, ¿o sí? Me miró emocionado de ver mi reacción.

—Candela, me llamo Alexander Derek Heber. La foto que te mandé como Alexander era de un amigo, me daba miedo que me vieras físicamente, por

aquel entonces no pasaba por mi mejor momento. Jamás te abandoné, siempre estuve ahí, cuidando de ti. Nunca hubo una Lorena, así se llamaba mi excusa: cobardía. No quería que tuvieras que cargar con un lisiado. Nunca pensé que volvería a caminar y cuando te vi en la librería no tuve valor para decir la verdad. Me sentía tan mal, por haberte alejado de mi vida que tenía la necesidad de volver a verte, por eso viaje al sur de Andalucía, solo quería contemplarte en la distancia, pero tú... te fijaste en mí y eso me indicó que tal vez tuviera una segunda oportunidad. Estuve a punto de decirte la verdad aquella noche en tu casa en la que me confesaste tu dolor por Alexander, pero no pude, yo era el causante de tu sufrimiento. Tuve miedo de perderte, de que no me perdonaras. Candela, bombón... dime que me amas...

Levanté mi cara ensartada en lágrimas y lo miré, una sonrisa boba de nerviosismo apareció en mi ella. Miré a Samara que nos miraba llorando como una magdalena. Entonces encontré mi voz y pude hablar.

—Siempre fuiste tú, nunca hubo otro. —La espinita en mi corazón desapareció junto a esa presión que me ahogaba —. La distancia nunca fue un impedimento para amarte, si no te tuve cerca para desvelarte a besos, nunca olvidé soñarte... —confesé enamorada.

—Te soñé cada noche sin descanso —habló Alexander —hasta que mis ganas de besarte hicieron que el destino nos concediera esta vida para amarnos.

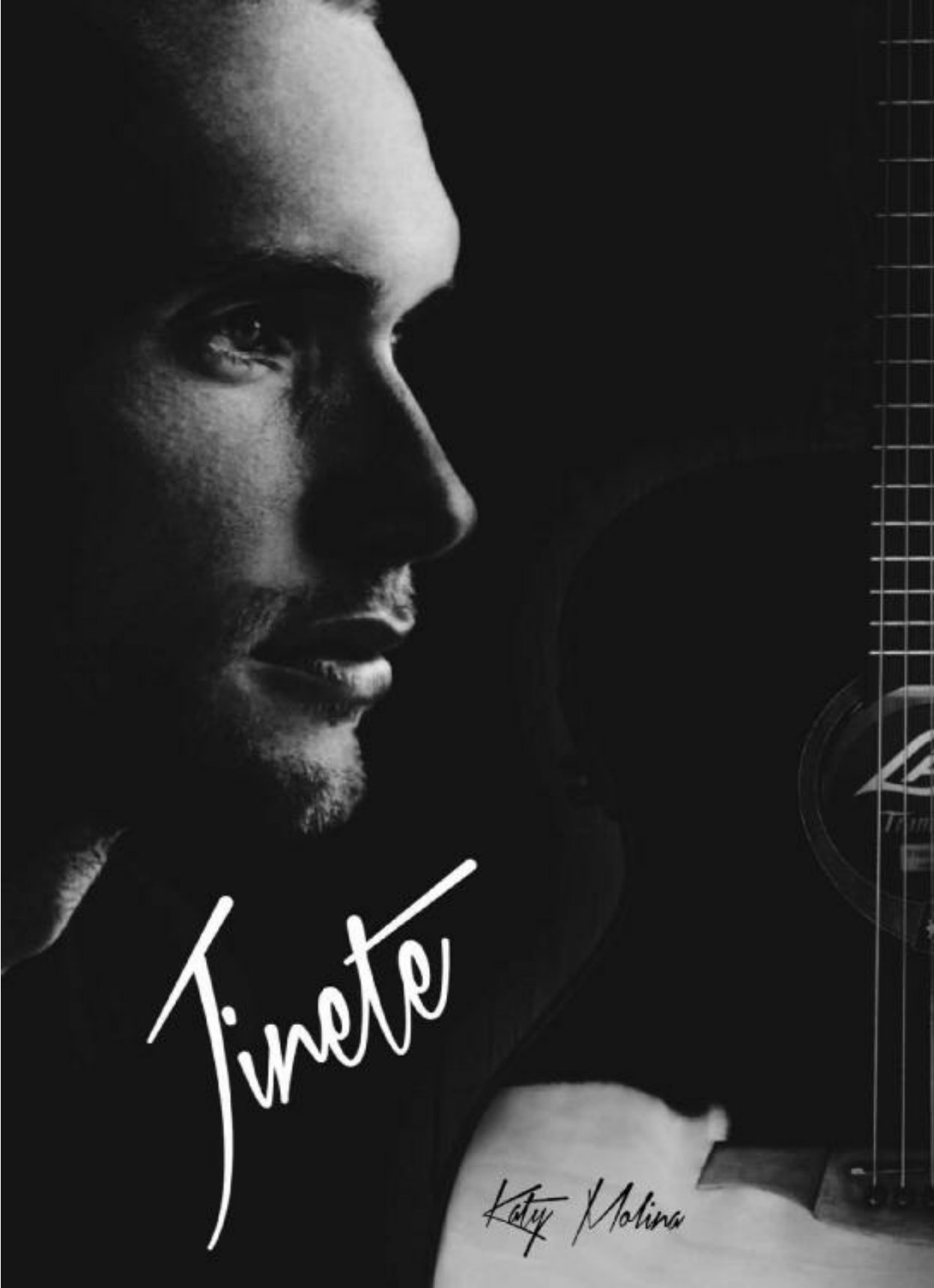
FIN

"Daría un trozo de mi alma
para tener un instante junto
a ti...
lo haría,
porque eres la razón de
mi existir.

Para ti, mi mayor
tesoro en la vida.
Te quiero.



JINETE



Timote

Katy Molina

El Sufrimiento del Jinete

Alguna vez habéis tenido esa sensación de ahogo que no te deja respirar, ese momento en que te falta el aire y todas tus ilusiones se desvanecen en un instante, como cuando un mago chasquea sus dedos para realizar un truco de magia. Así me sentí el día que rompieron mi corazón en mil pedazos. Mis sentimientos explotaron como si fuesen pequeños fragmentos de cristal y se perdieron en el olvido.

«Atended, sentid mi triste historia siguiendo mis pasos con mis humildes palabras y acompañadme hasta el final del viaje».

Todo empezó hace un año...

Era el hombre más feliz del mundo, mi vida estaba completa o eso creía antes de que emprendiera mi búsqueda al centro de mis pensamientos más íntimos. Tenía una mujer preciosa e inteligente a mi lado. Nos amábamos y respetábamos, pero todo era pura fachada pues la realidad era otra muy distinta y cruel. Fui un idiota enamorado, un ciego del amor, pero eso es lo que los poetas dicen; cuando estás enamorado mueres de amor y no ves más allá que el sentir de tu propio corazón. Morí de amor literalmente aquella noche de lluvia, tormento y truenos. Aquel mal tiempo fue un presagio que no supe leer ni descifrar. Estaba escrito mi dolor como en esas canciones de amor que llevan sonando en la radio desde que mi memoria maduró.

Llegué de un viaje de trabajo, había estado varios días fuera y quise sorprenderla adelantando mi llegada, siempre fui muy detallista. Estaba empapado por la lluvia, con ganas de darme una ducha caliente con mi amada encima de mí. Recuerdo que tenía una sonrisa de loco enamorado por ver la cara de felicidad de mi chica cuando viera las locuras que era capaz de hacer

por amor.

Sin hacer ruido metí la llave en la puerta y entré sin encender las luces. De puntillas fui directo al dormitorio ya que era muy tarde y pensé que mi chica estaría durmiendo. Me detuve ante la puerta al escuchar unos gemidos, el corazón se me aceleró y pensamientos oscuros pasaron por mi cabeza. Al final acabé negando con la cabeza y sonriendo al creer que estaría soñando conmigo. Abrí la puerta de doble hoja convencido de la fidelidad de mi chica, hasta que la venda cayó a mis pies. Fue como si un rayo me golpeara en el pecho, no quería creer lo que mis ojos estaban viendo. Un sudor frío bajó por mi espalda y negando lo evidente encendí la luz del dormitorio, necesitaba verlo en color y que no fuera una ilusión de mi miedo. Mis peores temores se confirmaron: mi mujer, mi chica, estaba retozando felizmente con un hombre que no era yo. Desnudos, en mi cama, en las sábanas en donde tantas veces nos habíamos amado.

La tormenta tronó fuerte en la calle, golpeando las ventanas, por un instante quise creer que había sido la furia que sentía. Mi ser se rompió en mil pedazos llevándose mis ganas de amar. Me sentí traicionado. En ese momento la odié y me entraron ganas de gritarle como un histérico despechado, quise pegarle una paliza al tipo que me había abierto los ojos irónicamente, pero no hice nada. Solo la miré a los ojos en silencio, no hubo palabras pues no las encontraba y tampoco se las merecía.

Mi vida a partir de entonces fue una calamidad y dejé de creer en el amor. La estrella que guiaba mis pasos me había abandonado en un pozo frío y oscuro. No tenía más ganas de fingir y me quedé solo, vacío. Ya no me importaba nada, no creía en los cuentos de hadas. Mi alma se quebró de tantas mentiras que me convertí en otra persona. No quise conformarme más, me había quitado la venda de los ojos. Decidí empezar de cero y volverme un triste solitario. Un trovador que fuera de taberna en taberna cantado el dolor

que sentía en lo más profundo de su corazón.

Así empezó mi nuevo camino, me convertí en un vagabundo de senderos sin buscar nada. Supe que esa herida jamás sanaría. Me gané el apodo de “*Jinete*”, un trotamundos que tocaba con la tristeza en la melodía. Recorrí Europa tocando mis canciones, y fue la única manera de sentirme vivo.

Estribillo de un Bohemio Lujurioso

Perdido y sin Amor

La eché de mi vida, por más que suplicaba mi perdón jamás la perdoné. Tuvo la poca vergüenza de decirme que yo había sido el culpable por desatenderla con tantos viajes. Se justificó diciendo que se sentía sola, que fue víctima de la soledad y de la tentación. Hoy en día me pregunto si realmente fue así, si ella se sintió tal y como expresó con tanta frialdad. No lo sé, y tampoco me culpo. Los fragmentos estaban rotos y perdidos, es lo único que puedo decir a ciencia cierta.

Después de tres días solo y encerrado en mi casa tomé una decisión que lo cambiaría todo absolutamente.

•

«Conocí mujeres hermosas y nunca pude quitarme el recuerdo de esa chica que me partió el alma. Fue mi pena y mi cruz durante mucho tiempo. Me llené de aromas a almizcles muy distintos, disfrutando del sexo pues no había amor ni promesas, solo el deseo más primitivo del hombre: el gozo».

Dulce Inocencia

Una noche de verano, llegué a una taberna italiana en plena Toscana. Apalabré un pequeño concierto con el dueño, debía seguir mi camino y no mirar atrás. Aquella noche canté mi dolor, embelesando al pequeño público que había ido al lugar a ahogar sus penas. La canción decía así:

*“El trovador esperó a la muerte,
tenía el alma destrozada.*

Olvidó sentir,

*convirtiéndose en un jinete
que surcaba los anhelos
en los acordes de una guitarra.
Las palabras fueron lágrimas
que no derramó y los
sentimientos se hicieron
barrotes de una prisión
donde el hombre se perdió
en un tiempo sin reloj.*

*Pobre jinete,
que cabalga herido de amor
sin más anhelo que cantar
su triste canción en el humo
del tabaco de aquellos
que escuchaban sin cuestionar
su dolor.*

*Las estrellas fueron su guía
en el vacío de su vida,
alumbrando la oscuridad del corazón
que no supo latir porque olvidó amar.
Su crimen fue enamorarse de los
labios de la mediocridad, dejándose
envolver por la telaraña de una mujer
con ganas de engañar.*

Pobre jinete,

*que cabalga herido de amor
sin más anhelo que cantar
su triste canción en el humo
del tabaco de aquellos
que escuchaban sin cuestionar
su dolor.*

*Se dejó caer en el vientre
del desvarío, seduciendo con los besos
de un loco que vive en el infierno.
Afinando el fuego que sentía
en las curvas de un pecado que se
exhibía en las esquinas del diablo.
Solo quería tocar con las púas de sus
dedos los senos de la locura, y drogarse
con aquellas miradas viciosas llenas de
promesas peligrosas.*

*Pobre jinete,
que cabalga herido de amor
sin más anhelo que cantar
su triste canción en el humo
del tabaco de aquellos
que escuchaban sin cuestionar
su dolor.*

Cada vez que acababa una canción veía la tormenta en los ojos de aquellos pobres diablos. Terminé con una reverencia y cogí mi guitarra para

descansar bajo el firmamento de aquella ciudad.

La hija más joven del tabernero me esperaba junto a un gran árbol con la mirada excitada. Era una invitación en toda regla y pensaba aprovecharme. Sabía que no sentiría, que no volvería a enamorarme, pero me llevaría las sensaciones para no olvidar el cuerpo de una mujer.

Dejé la guitarra en el suelo y me arrodillé frente a su cuerpo. Le daría lo que deseaba, pero nada más, no podía. Posé mis manos en sus tobillos y subí recorriendo la tersa piel de la muchacha. Acaricié sus muslos firmes hasta llegar al trasero redondo y blando. Acerqué la nariz a su triángulo, a su sexo, por encima de su falda. Moví la cabeza de un lado a otro y aspiré su juventud.

Me levanté y le quité el vestido por encima de la cabeza. Solo llevaba unas bragas blancas de algodón. Sus pechos todavía no se habían desarrollado lo suficiente, no tendría más de dieciséis años. Vi una mancha de excitación justo en la raja de su sexo. Posé mi mano y toqué, aquello era por mí. Su vagina me recibía llorando.

Retiré la ropa interior a un lado y toqué su carne sonrosada y caliente. Los dedos se llenaron de néctar, olía tan bien que probé su esencia. La dulce e inocente joven gimió ante mi acto salvaje. Ella deseaba al loco trovador, al bohemio con pinta de canalla y se lo daría.

La enredé en mis caderas y apoyé su cuerpo contra el árbol. Besé aquellos labios gruesos que todavía no sabían a maldad. Bajé por su cuello hasta atrapar un pecho, eran suaves y jóvenes. Aquel acto era un pecado que me cobraría pues la vida me había hecho ser un tipo sin sentimientos.

Noté como su ropa interior estaba empapada, estaba más que lista y lubricada para acoger a un pene maduro. La tumbé en el suelo y se las quité. A ahorcadas encima de la pequeña, estrujé sus bragas en mi boca para recoger su esencia. Varias gotas cayeron en mi lengua volviéndome loco de deseo.

Era una diosa, tenía la mirada sucia y las mejillas arreboladas. Su pecho

subía y bajaba, me quería dentro de ella. Así que bajé la cremallera del pantalón y liberé la dura erección. No hizo falta que me los quitara del todo.

—No apartes la mirada de mí... —exclamé pues le iba a quitar su virginidad.

—Qué...

Le sujeté las manos por encima de la cabeza y empujé de un golpe brusco. La pequeña se quedó sin habla y dos lágrimas cayeron por su cara. La besé susurrando contra sus labios que no temiera, que el dolor pasaría. Y así fue. Tuve que ponerle las bragas como mordaza para que no hiciera ruido, gritaba como una perra en celo. Era normal, acababa de descubrir el sexo.

Mis caderas danzaron libres, buscando el gozo. La pequeña contraía la cara de placer, el orgasmo había hecho aparición en su cuerpo; la prueba, los temblores descontrolados. Seguí entrando y saliendo, pero no llegaba mi momento, demasiado vacío para eyacular.

Salí de su cuerpo y me tumbé a su lado con la erección alzada al cielo. Solo había una mano que podía remediarlo y era la mía. Me masturbé en solitario para descargar tensión. Ya no existía ninguna mujer que pudiera hacerme gozar con sus encantos, jamás volvería a derramarme en el cuerpo de una. Ese era mi castigo, me había olvidado de sentir.

Emprendí mi viaje de madrugada, lejos de Italia, de aquella taberna y de la pequeña rebelde con ganas de experimentar. Mis pasos me guiaron a Francia, a la ciudad del amor y la belleza. ¿Podría aquella ciudad devolverme el corazón? Demasiado roto para reparar sentimientos.

La Puta Hechicera

Pasé por el gran *Moulin Rouge* de París. Una señorita con pinta de prostituta fumaba un pitillo en la puerta trasera del edificio. Al pasar, me guiñó un ojo y me tiró un beso. Mis pasos se detuvieron pues no tenía donde cobijarme aquella noche y pensé en enamorarla para poder tocar mis angustiosas palabras en aquel gran teatro. No era de ser un caballero lo que iba hacer, pero la vida me había enseñado a ser un canalla para conseguir un objetivo.

Sonreí de medio lado y me quité el sombrero de gánster para saludarla. La señorita se atusó el corsé ante mis atenciones y ¡bravo! Caminé hacia ella. A su altura, le robé la mirada y me guardé su alma en el silencio de los deseos y la lujuria. Le quité el cigarrillo y le di una calada para después echarle el humo en la cara. En la jerga callejera ese acto significa que estás interesado en mantener relaciones íntimas.

—Me llamo Sofi... —se presentó babeando por mi barba de tres días y mi olor a hombre de tres noches.

—¿Compartirías cama con un pobre diablo?

Observé como apretaba las piernas, aguantando el deseo el cual palpitaba por ofrecerse. Le levanté el mentón y besé aquellos hermosos labios que tan bien sabían hablar de vulgaridades sexuales.

Gustosa me llevó a su habitación, era pequeña: con un lecho, un baño minúsculo y una sala de estar muy pequeña. Ahora me tocaba subirle la falda como antiguamente en un burdel y empujar sin más, sin caricias, ni promesas, ni palabras hermosas... solo hundirme y salir, así sucesivamente.

La tumbé en la cama y le quité el vestido. La dejé con el corsé y le arranqué las bragas. Separé sus piernas por las rodillas dobladas y un delicioso manjar a marisco inundó mis fosas nasales. No era el mejor olor a

limpio, pero tampoco el más desagradable. Su aroma era a puta, a coño maduro. Me gustan las mujeres rodadas, con experiencias. Agaché la cabeza hasta sus labios vaginales y lamí sus jugos. Acto seguido mi pene creció excitado. Solo tenía que conectarme a su vagina y tendría sexo gratis.

Me deslicé en su cavidad resbaladiza y moví las caderas golpe a golpe. Rozando los testículos en su ano. Tenía unos pechos hermosos, con las aureolas grandes y morenas, eran preciosas. Metí la cabeza entre aquellos dos senos y seguí en la búsqueda de mi orgasmo, pero como la última vez, no podía culminar con una mujer. Solo la soledad de mi mano hacía el milagro.

Sofi tembló bajo mi cuerpo, estremeciéndose de placer y deseo. Cuando quedó lacia, me salí con el miembro duro y con las venas hinchadas.

—¿Qué sucede? No te gusta lo que ves— preguntó preocupada por sus artes amatorias.

—Soy un alma rota, y la gente como yo no puede disfrutar del sexo... solo una simple paja me hará volar, pero nunca más una mujer...—estaba abatido y todavía me costaba admitir mi destino.

—Tengo la solución. Me tocaré frente a ti y tú acariciarás tu polla sin quitarme ojo, al menos disfrutarás de una masturbación conjunta.

Me gustó la idea y tenía ganas de ponerla en práctica. Sofi se sentó en un sofá orejero de color verde y yo al filo de la cama agarrándome el pene. El espectáculo empezó. Se acarició el sexo y se pellizcó los pezones, sus gemidos encendieron la chispa y lo demás fue fácil de acabar. Acaricié mi verga disfrutando de los placeres que me ofrecía y en su compañía, solo de esta triste manera pude culminar en un fabuloso orgasmo.

Descansé aquel día abrazado a una dulce mujer que olía a sexo internacional, pero no me importó pues mi corazón seguía sin sentir. Mi largo viaje continuaba sin rumbo fijo, sin ganas de nada solo de cantar mi pena en tugurios clandestinos.

Al anochecer, cogí mi guitarra y seguí mi camino a ninguna parte. Una vez en el callejón, me encendí un cigarrillo antes de partir. Subí las solapas de la chaqueta para guarecerme del frío y me puse en marcha, pero justo en ese momento Sofí salió a despedirse.

—Oye, Jinete, me das fuego— se apoyó en la pared de ladrillo del edificio mirándome con descaro.

—Tu cuerpo desprende fuego, no lo necesitas. —Abrí el *zip* y le di fuego—. Ha sido un placer, que la vida te sonría.

—Dame tu mano —me cogió la palma y le dio la vuelta. Me quedé perplejo—, lo que buscas lo encontrarás.

—No busco nada, lo perdí hace mucho tiempo —no me gustaban esos tipos de juegos estúpidos.

—Mi abuela leía la mano, mi madre también y yo soy como ellas. Herencia familiar—le dio una larga calada al cigarro y me lo echó en la cara—puedes creer o no, pero las líneas de tu mano lo dicen claramente, sufrirás por amor para encontrar al verdadero. Suerte Jinete.

Pirata

Me dejó callado y pensativo, me marché de aquel lugar sin creer ni una palabra de aquella gitana de pasiones universales. Las calles de París estaban solitarias y eso me relajaba, solo tenía que buscar alguna taberna de mala muerte para tocar mi triste canción. Llegué a una muy especial, se llamaba “Lobo de Mar”. Entré con cautela y vi a una mujer madura con un parche pirata tapando uno de sus ojos zafiros, era hermosa, una belleza natural.

Me fijé que tenía un pequeño escenario de madera con un micrófono, había encontrado un sitio donde tocar mi música. Fui a la barra y pedí un vaso de whisky, lo tomé de un trago para refrescar mis cuerdas vocales. Aquella mujer se acercó con un movimiento de cadera muy sensual.

—Buenas noches, caballero. Veo que tiene una guitarra, ¿es músico?
—preguntó curiosa. Sonreí para camelarme su favor.

—Toco, escribo y canto.

—Hoy no tengo trovador que me deleite con bellas canciones, sería usted tan amable de subir al escenario. Le pagaré.

—Tocaré a cambio de dinero, cobijo y un plato caliente. Me acabo de dar cuenta de que esto es una posada —miré a alrededor, necesitaba descansar durante una larga noche.

—Trato hecho, le pago una noche a cambio de dos noches de trabajo con habitación incluida y comida —me ofreció la mano y se la estreché. Me venía bien descansar un poco.

No había mucha gente, solo algún solitario y algunas parejas acarameladas. Afiné a mi amiga inconfesable y comencé a expresar mis sentimientos.

“No dejes llorar a mi adormecida alma,

ayúdala a volar, a reír y enséñale a amar...

La vida fue un difícil caminar que marchitó

a mis emociones, destrozando sus ilusiones

en una caricia muda...

No dejes llorar a mi adormecida alma,

desanúdame este sentir amargo y bésame

hasta hacerme olvidar...”

Siempre con esa misma sensación en el pecho cada vez que terminaba de cantar mi triste historia. Bajé del escenario y fui a por una copa de whisky barato, necesitaba un trago y un cigarrillo. La tabernera me hizo compañía bebiendo, dijo que alguien que canta desde el alma con tanto sentimiento no hay que dejarlo llorar solo. No lloraba, pero mi corazón derramaba lágrimas negras desde hacía mucho tiempo.

Tuvimos una conversación distendida y unas cuantas sonrisas se colaron sin pretenderlo. Aquella mujer me producía curiosidad, era una guerrera con parche pirata, pero sin pata de palo, con más historias a su espalda que la mía propia. Me gustaba su compañía, era inteligente y sabia. Nos liamos con la botella hasta acabarla, ya de madrugada me acompañó a la habitación. Estaba borracho para que negarlo, pero con deseo de poseerla, de conquistar ese viejo navío. La arrastré dentro del dormitorio y me tumbé en la cama junto a ella. Una de mis manos voló por debajo de la falda acariciando su muslo, me di cuenta de que no tenía ropa interior. Sonreí con mi mejor sonrisa canalla y ella no se quedó atrás. Recuerdo que me dijo su nombre, pero el alcohol lo borró de mi mente, así que decidí llamarla “la pirata”.

Aquella noche estaba dispuesto a correrme en su vagina y llenarla de mi esencia con sabor a whisky. Envalentonado cogí una botella de ron que había

en la cómoda, alguien la había olvidado puesto que estaba medio vacía.

—Hoy me darás de beber por tu boca que tienes entre las piernas —vertí la botella mojando su sexo, empapando su carne lubricada.

El olor de su almizcle se mezcló con el alcohol y creé sin ser consciente la bebida de los dioses. Saqué la lengua y chupé desde el orificio de su vagina hasta su clítoris, lamí una y otra vez hasta dejarlo seco. Mi pirata tenía la mirada anegada en lágrimas por el clímax, se había corrido en mi boca y deseaba más. La cabeza de mi miembro lucía por encima de la cinturilla del pantalón hambriento de contacto. Le di la vuelta y la puse a cuatro patas, tenía un ano pequeño y manchado de fluidos vaginales de tanto llorar gozo. Le di un trago al ron dejando el contenido en la boca y escupí en su trasero, acerqué la cabeza de mi placer y con sigilo me hundí en su culo redondo y terso. Casi me desmayo al sentir explotar todas mis terminaciones nerviosas. La embestí con todas mis ganas, azotando su trasero, poniéndome violento en el sexo. La agarré del cuello, estrechándola contra mi pecho, y empujé mis caderas con fuerza. Sentí el orgasmo venir, pero se detuvo en mi vientre rompiendo las ganas que tenía de vaciarme por completo. Una vez más pasó, estaba roto y no pude correrme en el interior de una mujer. Ella tembló dejándose llevar por el clímax.

Salí de su interior con el pene tieso y desatando mi rabia, caminé empalmado hasta posarme de rodillas ante la venta de la habitación, abrí los brazos en cruz y dejé que la luz de la luna iluminara mi cuerpo. De pronto, ese cosquilleo que se detuvo se activó como la corriente de un río, el semen salió disparado manchando el suelo y caí exhausto. Ladeé la cara y aquella mujer me observaba, no con pena sino como una hechicera. Bajó de la cama y se tumbó a mi lado.

—Te han roto el alma, lo he visto antes —exclamó mirando al techo.

—¿La recuperó? —pregunté esperanzado.

—No, murió de amargura y pena porque así lo quiso. No pudo olvidar. Aun sigue respirando y navegando con la mirada de un solo ojo...

Me di cuenta de que estaba hablando de sí misma, no supe que decir porque me sentía igual. Simplemente le toqué la mano, sería un canalla, pero sobre todo soy persona. Solo el amor se me perdió, pero no la comprensión. Al rato siguió hablando hasta el punto de que sentí su dolor.

—Perdí el ojo intentando quitarme la vida por amor, fue un accidente de coche premeditado. Aquella noche morí, y la muerte se llevó mi alma... desde entonces vivo en una tormenta de sentimientos y soy incapaz de amar. Ya no hay luz por la que ilusionarme y luchar. Solo placer pasajero, mi vida consiste en ser una mujer muda de sensaciones.

—Pues entonces empápate de estos momentos irrepetibles. —La estreché contra mi pecho, quería que se diera una oportunidad ya que para mí no había esa posibilidad.

Estuvimos así unos minutos, después se marchó dejándome solo en mi soledad. Me acosté aquella noche con muchos sentimientos encontrados, soñé que una bella mujer me regalaba el latido de un nuevo corazón sin dueño, uno para empezar de cero y olvidar mi triste historia.

El día de mi partida le regalé a Pirata una canción escrita de mi puño y letra. Deseaba hacerla sentir con mis palabras. La encontré en la barra como cada mañana de esos dos días que me hospedé, le regalé una sonrisa sincera y le entregué el papel doblado por la mitad.

—¿Qué es?

—Un regalo para mi amiga, lee.

Me miró sin entender y un poco nerviosa, no estaba acostumbrada a recibir ninguna clase de atención más que las embestidas en la cama. Leyó la primera línea y ríe con lágrimas en los ojos. La canción para Pirata decía así:

Pirata,

*sirena de los mares de tus lágrimas,
navegas a la deriva con desilusión,
buscando el alma que perdiste por amor.
Tus sentimientos naufragaron ahogándose
en la oscuridad del océano y fuiste leyenda
de los marineros en cada puerto.*

*Silenciaste tu piel para que no sintiera afecto,
abrigaste tu cuerpo con el tejido de la soledad, paseando por la calle del
silencio y así olvidar la amargura de tu triste historia, que no es otra que
amar con los ojos vendados y los sentidos anulados.*

*El viento sopló y tu mirada cambio de la desilusión a la expectación con tres
acordes de una vieja guitarra, él se llamaba Jinete y se convirtió en el
cantautor de tu canción.*

*No pierdas la ilusión, deja que tus labios callados vuelvan a besar sin miedo
y sintiendo de nuevo la libertad de expresar tus emociones.*

*Despierta embravecida como las olas de tus enredados sentimientos,
desanudando las telarañas de tu infierno. Déjate guiar por el brillo de tu
mirada, recitando el estribillo del trovador sin corazón. No te des por
vencida y suspira de amor, pasión y locura desmedida y permíteme que te
diga que una vida vacía no es vida.*

*Pirata,
sirena de los mares de tus lágrimas,
navegas a la deriva con desilusión,
buscando el alma que perdiste por amor.*

*Tus sentimientos naufragaron ahogándose
en la oscuridad del océano y fuiste leyenda
de los marineros en cada puerto.*

*Te insisto mi bella dama, no des la espalda a esas miradas que atrapan
gozos y prometen verdades entre las sábanas. Cierra los ojos y escucha las
notas de su boca que hablan de gemidos con la única promesa de no olvidar
la palabra amor y vívela con la libertad de tu cuerpo sin importar que
deparará el mañana.*

*El Jinete te calmó el dolor con besos, con caricias que te leyeron en braille
cada rincón del cuerpo. Amó con ternura los lunares de tu cuerpo con sus
labios de bohemio y te regaló el firmamento más perverso con la educación
de un caballero. Se convirtió en reflejo de tus vivencias, en alivio de tu
pesada carga, en esperanza de tu caminar, en un amigo sin más.*

*Pirata,
sirena de los mares de tus lágrimas,
navegas a la deriva con desilusión,
buscando el alma que perdiste por amor.
Tus sentimientos naufragaron ahogándose
en la oscuridad del océano y fuiste leyenda
de los marineros en cada puerto.*

Se llevó la hoja al pecho y tembló a la misma vez que reía y lloraba. Decidí llevarme su dolor y cargarlo a mi espalda, si alguno de los dos debía tener una segunda oportunidad, sería ella. Jamás pude olvidar ese ojo zafiro

que me marcó para bien en mi largo caminar.

Luz en las Tinieblas

Seguí mis pasos a España, siempre había querido viajar a esa tierra de calor y llena de historia. Esperaba empaparme de su arte y poder tocar mis humildes canciones en cada taberna de todas las ciudades. Después de meses recorriendo lugares emblemáticos mi camino tuvo más rodaje que la historia de una catedral.

Llegué a la gran ciudad de Barcelona, una urbe con mucha vida nocturna. Me fascinó su barrio gótico y los tugurios clandestinos que llevaban en pie desde el 1800, estaba encantado y emocionado. Una tarde, llegué a un sitio muy turístico que se llamaba “*El Bosc de les Fades*”, el bosque de las hadas. Era un lugar mágico, pero que por la noche dejaba de ser una taberna turística para sumergirse en un rincón de pasiones, charlas y buena música. Quise ser parte de aquel lugar, por ello me atreví a hablar con el dueño y pedirle una actuación. Al principio se negó, pero cuando le dije que lo haría totalmente gratis sonrió de oreja a oreja. Aquella noche sería un duende sin alma, todo estaba preparado y toqué cautivando a los clientes.

“No hay palabras ni tiempo para el corazón marchito de un trovador sin alma.

Solo puedo soñar con que me abrasen la piel bajo la caricia de una dama de pasiones desatadas.

Tengo ganas de que me vuelvan a amar, de que mis olvidos regresen como una tormenta de verano y que me devuelvan el oxígeno para volver a respirar.

No hay palabras ni tiempo para un alma sin vida, para un hombre que perdió el sentir de su corazón”

Terminé de cantar y alcé la mirada al público, que mudo se había quedado con brillo en la mirada, les había robado el alma y en ese momento se había ido a otro lugar, a uno que solo ellos sabían, pues estaban en el cuento de sus corazones. Sonreí satisfecho. Cuando me levanté vi algo que me sobresaltó a punto del infarto. Eran los ojos caramelos más hermosos que jamás hubiese visto, me quedé mudo, sin aliento. Parpadeé nervioso porque había sentido un latido en el corazón y no pude evitar acordarme de la gitana, de Sofí y su lectura de mano. Cuando me quise dar cuenta, se había marchado y entonces entendí que eran anhelos, deseos y nunca había existido esa sirena. Me lo había imaginado, entendí que en el fondo de mi corazón necesitaba creer cada palabra de Sofí y soñaba con que algún día apareciera esa mujer que me hiciera temblar de arriba y abajo.

Pero el desconcierto llegó de madrugada, dormía plácidamente en la habitación de un hostel de mala muerte y con las ventanas abiertas de par en par para que entrara el fresco de la calle. Fue el mejor sueño que jamás había tenido, la mujer de ojos caramelo entraba por la ventana como un ángel con sus grandes alas blancas. No podía moverme ni hablar, estaba perdido a su merced. Desnuda y con brillo en el sexo, resbalaba por mi duro tronco, sentí una electricidad intensa en mi vientre hasta el punto de hacerme llorar por el gozo. Movié sus caderas en círculos y subió y bajó por el ancho y largo de mi miembro. Un cosquilleo extraño subió por mis piernas hasta desembocar en un orgasmo, recuerdo reír histérico mientras me derramaba dentro de su cuerpo.

De pronto, abrí los ojos y me senté de golpe encima de la cama, miré mi pene y lo vi escupir semen. Me había corrido en el interior de una mujer, sabía que había sido en sueños, pero para mí fue muy real y con eso, de momento, me bastaba.

Mi gran viaje continuó y abandoné el norte para viajar al sur, siempre me gustó el sur de los grandes países. Era la primera vez que visitaría Andalucía

y sus placeres, decían que las mujeres eran hembras de pura raza que te enamoraban con solo una sonrisa inocente. Me había quedado sin dinero, así que me tocó hacer dedo hasta que un alma caritativa se dignara a detener el coche y acogerme en su largo viaje. Caminé kilómetros, los pies se resentían un poco y el sueño me estaba venciendo, pero vi que alguien me echaba las luces de un camión.

Una mujer joven, entrada en carnes, bajó del vehículo y se ofreció a llevarme a mi destino. Subí impaciente a la cabina para sentarme, estaba agotado. Ella hizo lo mismo y arrancó internándose de nuevo en la carretera.

—¿A dónde vas? —preguntó sin apartar la mirada de la carretera.

—A ninguna parte, voy de pueblo en pueblo tocando la guitarra.

—Un buscavidas, interesante. Pues yo voy a Granada a llevar mercancía.

—Será un destino perfecto para visitar.

Estuvimos hablando de su trabajo tan duro y ya de muy madrugada paró en una zona de servicio para descansar. Compartimos litera en la cabina y dormimos juntos. Cuando estaba a punto de dejarme vencer por Morfeo mi compañera de viaje habló sin tapujos.

—Jinete, ya sé cómo puedes pagarme el trayecto.

—Carmen, no tengo dinero—me preocupé sin necesidad al escuchar su cobro.

—No quiero dinero, quiero un orgasmo, hace tres semanas que no tengo contacto con un hombre y lo necesito.

Sonreí porque lo que me pedía solo podía ofrecérselo a medias, por eso decidí que disfrutara ella sola. Le rompí las bragas en un acto salvaje y le abrí los muslos, segregué saliva y escupí en su carne hinchada. Pasé la palma de la mano para restregarla por todo su sexo y así lubricarla, con la boca atrapé uno de sus enormes pezones y chupé. Le metí dos dedos mientras que con el pulgar masajeaba su clítoris. La tenía loca y gimiendo, quise freír su mente a

orgasmos; por eso sujeté sus muslos con mis brazos y bajé la cabeza hasta rozar mis labios con los suyos. Jugué con su carne ardiente y la masturbé metiéndole la lengua dentro de su sexo. La oí gritar y temblar, noté el sabor de su orgasmo en mi paladar, eso me excitó y mi miembro creció extasiado por la esencia de una mujer. Me bajé la cremallera del pantalón y me masturbé delante de ella hasta derramar mi semilla en su pecho y torso.

—Gracias —dijo medio adormilada.

Al día siguiente llegamos a Granada y me dejó cerca del casco histórico, me despedí de Carmen tirándole un beso al aire y seguí mi camino. Mi vida consistía en encontrar un tugurio, tocar, dormir y disfrutar de los placeres sin ataduras. Ese día decidí hacer turismo en tan bella ciudad y recorrer sus calles empapándome de su historia. Esperaba que me inspirara para componer canciones, vaya si lo hizo. Me puse a improvisar en sus calles, tocando mi dolor y conseguí dinero suficiente para darme un homenaje desayunando.

Entré en una cafetería y tomé tostadas de zurrapa con café, me supo a gloria y mi estómago lo agradeció. Fui a pagar a la barra y vi que tenían el cartel de una cantante que tocaba dentro de tres días por la noche en los jardines de la Alhambra, se llamaba Lola Morente. Mi corazón cobró vida al darme cuenta de que era la misma mirada que había visto en mi imaginación en el Bosque de las Hadas, me sentía confuso y me pregunté si aquellos ojos que vi color caramelo podrían existir y no había sido producto de mi imaginación.

—Disculpe, señorita —llamé a la camarera—. ¿Quién es la mujer del cartel? —pregunté con ansiedad de saber.

—Lola Morente, una cantante de flamenco, le llaman “el alma de Andalucía”, tiene duende en las cuerdas vocales.

Pagué y fui a buscar trabajo en las tabernas de los alrededores, necesitaba dinero para comprar una entrada para el concierto y poder ver con mis propios ojos a esa sirena. Anduve recorriendo cada rincón de la ciudad

hasta que di con un lugar que se hacían conciertos en directo cada noche, hablé con el propietario y llegamos a un acuerdo. No pagaba mucho, pero lo suficiente para comprar una entrada para ver a Lola Morente. Me sentía emocionado y esperanzado porque existía. Ella era la guía de mi luz, la cual la había buscado hasta en los albores del alba.

Esa noche mis letras cambiaron en un sentir distinto, mis canciones fueron de un amor desde el corazón, sin dolor. Me sentí con ganas e ilusión, pensé que no todas las relaciones tenían que ser tormentas y que había muchos claros ahí fuera. Empecé a tocar con una sonrisa en la cara, cautivando a más de una mujer de la sala.

“Préstame los versos del amor, hasta hacerme sentir sin compasión.

Abre mis ojos en una dulce cantinela y recita cada uno de mis sentimientos.

Ámame cerca de mis labios y besa cada latido hasta llenarme a besos mi corazón vacío.

Préstame los versos del amor y dame alas para olvidar las penas,

dame esa calma que tanto necesito y mi vida volverá a amar”.

Me gané el favor del público y fue la primera vez que se levantaron para aplaudir, fui un poquito más feliz. La música siempre fue mi terapia para no olvidar vivir. Bajé del escenario y más de una mujer quiso hacerse una foto conmigo como si fuera un cantante de rock. Tenía el pecho hinchado de gozo y me dirigí a la barra con la cabeza bien alta, pero al llegar y empezar a beber solo me di cuenta de que esa no era la clase de felicidad que buscaba, yo deseaba el amor de una mujer que no me traicionara, que solo tuviera ojos para mí.

Harto de tanta atención sin sentido, me marché y con mi única amiga, la soledad, recorrí las calles hasta llegar a una iglesia. Entré, estaba abierta a tan

altas horas de la madrugada, me sorprendió. El templo estaba vacío, salvo por la presencia de una mujer sentada en uno de los bancos. Me llamó la atención, su cara expresaba tanta tristeza como mi corazón. Me senté a su lado y me saludó con un gesto de cabeza tímido, observé cómo sus ojos recorrían mi cuerpo con lujuria, era algo insólito pues estábamos en la casa de Dios.

—¿Se encuentra bien? —No sabía qué otra cosa preguntar.

—Me quité la venda y vi que mi vida estaba llena de mentiras, hoy estoy aquí y mañana no sé lo que haré. Es triste ver que una no se entera hasta que lo ve con sus propios ojos, él nunca me amó y dejé de creer en los cuentos de hadas.

—Entiendo, más de lo que piensas. ¿Qué deseas?

—Ahora mismo a ti, necesito someterme y que me hagan temblar de placer, necesito borrar de mi cuerpo los amargos sabores y sentirme libre. Pensarás que estoy loca...

—No, esta es la triste melodía que muchos sufrimos por amor. Soy un trovador, llamado Jinete y mi cometido en la vida es montar a la yegua que solo necesita amor.

Le daría lo que había ido allí a rezar, le daría ese pasaje para romper las cadenas de su vida, le daría esperanza y libertad, le daría un destino nuevo. En la madrugada los silencios se vuelven salvajes y los deseos realidades; en el templo, le despertaría a aquella mujer millones de sensaciones.

Creamos una única religión, la del pecado carnal. La guíe cual mesías en un sendero lleno de placeres, esa noche sería su señor y ella se entregaría por voluntad propia. La llevé a la sacristía y le ordené que se pusiera de rodillas, rezaría en silencio evocando sus deseos más infernales.

Bajé la cremallera de mi pantalón y saqué mi dura y tersa verga, acaricié su cara con la suavidad de mi glande. Ella esperaba expectante, ansiosa por descubrir, su respiración estaba agitada y su sexo empezaba a lubricarse, pues

el olor se esparcía por toda la habitación.

Le golpee con el miembro en los labios, sacó la lengua para recibir la hostia sagrada que en este caso no era otra que el libertinaje. Chupó con timidez cerrando los ojos, se excitó, sus pezones despuntaban tiesos bajo la blusa recatada. Por unos segundos la llevé al Nirvana, me arrodillé a su altura y cogí su cara entre mis fuertes manos, quería que supiera lo que era que te besaran con pasión, junte mis labios con los suyos y la besé rudo hasta robarle el aliento. Le desabroché la blusa y le subí la falda, la braga de algodón blanca estaba manchada de su excitación. Toqué por encima de la tela y me llevé la mano a la nariz, era un aroma que hipnotizaba. Esa noche me redimiría con ella por mis pecados canallas, pues mis pensamientos estaban puestos en una mujer llamada Lola Morente.

La ayudé a levantarse y la coloqué sobre el escritorio, le separé las piernas y con una regla que había le azoté el trasero, “zas”, “zas” hasta ponerle los glúteos color carmín. Me arrodillé detrás, le abrí los cachetes y le comí su deseo, tragándome cada orgasmo que sufría. Era pura gelatina entre mis brazos, me hundí desde atrás y la agarré del cuello para sujetarla. La empotré contra la pared, contra la imagen de una bendita monja y me la follé desatando todo mi infierno. Ella gritó, suplicando más placer, más locura... me llevó al límite, pero como en todas las ocasiones no pude correrme en su interior. Saqué mi miembro de su cuerpo y escupí mi semen directo a la imagen de la monja, llenado el cuadro con mi depravación.

La mujer, sacó la lengua, tenía una mirada muy distinta a la que había encontrado en el banquillo de la iglesia, era otra persona. Recogió el semen del cuadro, chupando cada mancha de mi esencia y se la tragó. La única testigo de nuestra lujuria había sido la santa del cuadro, que nos guardaría el secreto desde el más allá.

—Gracias, Jinete, gracias por regalarme el billete a la libertad.

Se marchó sin más, dejándome solo con mi soledad. Miré mi pene que todavía seguía erecto, limpié su boca con un pañuelo y lo guardé. Esa había sido la última vez que exploraba una vagina, no habría más hasta conseguir el corazón de Lola Morente.

Llegó el día esperado, llevaba dos horas en la cola para ser uno de los primeros y poder ponerme al lado del escenario, quería empaparme de su mirada embrujada y sentir cada palabra de su arte. No me costó, porque el aforo era limitado y no había tanta gente. Me coloqué a un extremo y esperé paciente a que mi sirena saliera, necesitaba verla y ver con mis propios ojos que era real y no un sueño.

El crepúsculo bañó la Alhambra anunciando la noche, el velo nocturno creó el ambiente y de pronto una dulce voz salió a saludar a Granada. En ese momento, mi corazón cobró vida, los latidos acompañaron el sonido de una guitarra y por un instante sentí que mi alma regresaba como agua de mayo. Lola Morente salió con un vestido de flamenca ajustado al cuerpo, cada lunar del traje era una historia contada de su carrera de artista y cuando empezó a cantar... me embelesó, supe que aquella mujer debía ser mía. Estaba destinado a encontrar el amor tal cual dijo Sofí. Sus letras me hicieron sentir como nunca en la vida, me sentía vivo y con ganas de empezar de cero.

“Cuántas veces perdí mis sueños en un torbellino de sentimientos,

cuántas veces lloré al cantar un te quiero,

cuántas veces me quedé sin ganas de amar.

Quiero vivir, abrir mis alas al viento, y levantar mis ilusiones

para olvidar mi dolor.

*Romperé mi voz en un cuento que yo misma escribiré para no olvidar al
amor.*

Cuantas veces me quedé sola cosiendo una y otra vez mi triste corazón lleno de dolor.”

El concierto acabó y una fugaz sonrisa me dedicó, o eso creí en el fuero de mis ganas. La gente se levantó a aplaudir, yo quería cambiar las letras de mis canciones por un beso de sus labios. El griterío y el tropel por abandonar el aforo me detuvo unos segundos en aquel bullicio. Al cabo de unos diez minutos pude salir y corrí hasta llegar detrás del escenario, pero ya no estaba. Se había ido y no tenía ni idea a donde ir a buscarla, igualmente pensé que sería un error, pensaría que era un fan loco y no entendería mis razones.

Estaba a punto de tirar la toalla cuando un chico me llamó “Jinete”. Me giré extrañado y lo miré desconcertado, se acercó y me entregó una cajita y un sobre cerrado. Me dejó solo con mis pensamientos y la abrí impaciente por saber que secretos guardaba. El corazón se me aceleró al ver una braga de encaje negro guardada con mucho cuidado, lo cerré a la carrera y me fui al hostel donde me hospedaba. Nada más llegar, volví abrirla y ahí fue cuando morí de amor, acerqué la prenda a mi nariz y aspiré impregnando mis pulmones con su olor. Era un aroma delicioso, tanto que no resistí chupar la bajera. Me excité al momento, mi miembro lucía terso y excitado. Desnudo sobre la cama me las metí en la boca y me masturbé acariciando mis testículos hasta que me corrí pensando en ella. Mi pecho subía y bajaba extasiado, pero de pronto me acordé del sobre, no había mirado su contenido.

Lo abrí y vi que era una nota con una escueta frase “*Susúrrame entre las piernas, Jinete*”. Conocía mi nombre artístico y eso solo podía significar que el día que toqué en el bosque de las hadas ella era parte del público. Debajo de la nota ponía una dirección, era un restaurante que se llamaba “*Vientos del Sur*” y había escrita una hora, las 22h p.m. del Sábado. Eso era al día siguiente, me obligué a dormir para estar fresco y poder disfrutar de su compañía.

Me encontraba frente a la puerta del restaurante, faltaban cinco minutos para la cita, iba a ser un todo o nada. Llevaba en el bolsillo de la americana su lencería, se había convertido en mi amuleto de la buena suerte. Respiré hondo y entré con el corazón a mil. El camarero me acompañó a una sala aparte, era un salón con tan solo una mesa preparada para dos comensales. Me senté a la espera de su presencia, estaba muy impaciente y de pronto tal cual sirena aparece con un vestido de seda plateado ajustado al cuerpo. Nuestras miradas se encontraron en una canción llena de silencios y sentimientos. Me levanté como un caballero para recibirla, mis nervios me pudieron y apenas fui capaz de juntar dos palabras.

—Buenas noches, Lola. Es un honor poder conocerte, al fin. —Enfaticé en la última frase para que se diera cuenta de que yo la recordaba como ella a mí.

—El placer fue mío, al verte tocar en Barcelona. Tus letras me llegaron al alma —exclamó tan cerca de mi boca que pensé que me desmayaría. —En ellas hablabas de un desamor y de tu dolor, vi la tristeza en esos ojos marrones que suplican una oportunidad.

—Hasta que no te vi aquel día, jamás pensé que pudiera volver a sentir por una mujer... tú me has dado esperanza —confesé, necesitaba contarle, que supiera acerca de mis sentimientos.

—Hay amores desdichados, amores tormentosos, pero también los hay para siempre. Escribamos un cuento, uno romántico donde tú y yo seremos los protagonistas, sin prisas, solo con las alas al viento y disfrutando del uno del otro, hasta que el amor se acabe, hasta que la muerte nos separe...

—¿Se puede uno enamorar sin más? ¿Sin conocer a la persona? ¿Sin haber compartido una amistad? —Mi pregunta era clara, tenía miedo a que ella no pudiera devolverme el alma.

—El tiempo no es conocedor del amor, solo los instantes mágicos. Te

conocí por una canción y desde entonces he soñado día tras día con conocerte cara a cara. Era una loca enamorada de la nada, hasta que te vi ayer en el concierto y supe que eras para mí, supe que el destino es caprichoso y supe que tu alma me pertenecía.

Rodeé la mesa y la alcé entre mis brazos, quería besarla y así lo hice. Fue nuestro primer contacto y no el último, sentí como mi alma regresaba con mucha luz a mi cuerpo y la tristeza pasó al olvido, en ese momento solo tuve ganas de ella. Quería hacerla mía.

—Sí, te susurraré entre las piernas—contesté a su nota. —Ahora y siempre, ¿prefieres encima de la mesa o en un lugar íntimo? —Sonrió de manera que me cautivó un poco más.

—Ven a mi casa, y allí podrás susurrar todo lo que quieras...

Era nuestro amor, nuestro momento, solo quería tener su aroma entre mis brazos, rozar su boca contra mis labios, y ser la necesidad de ser su aliento. Nunca le di más vueltas, solo descubrí lo bonito que es amar sin miedo.

Volví a ser yo mismo, siempre fui un Jinete sin rumbo, hasta que Lola me hizo olvidarme de toda mi amargura y quise tener un lugar propio para tener una segunda parte, otra oportunidad. Mi corazón, dejaría de derramar lágrimas no merecidas. Si todavía me queda una razón, sería mi corazón hambriento pues tengo una vida entera para amar.

—Pasa adentro —miré el lumbral con indecisión, si lo cruzaba sería la prueba final. Sentirme completo en el cuerpo de una mujer, tenía miedo de que no fuera ella e incluso estaría dispuesto a sacrificar mi felicidad por estar a su lado. —¡Jinete! —Estiró el brazo para que le cogiera la mano y lo hice, crucé el umbral. No había marcha atrás.

Nos miramos en el recibidor, vi deseo en el color de sus ojos, en sus mejillas y en su boca. Me perdí en su cuello y me ahogué en su escote. Solo tenía ganas de amarla y enseñarle los placeres de este Jinete solitario. No

tardé.

La cogí en brazos y la llevé hasta la mesa del comedor, la senté y le quité el vestido por encima de la cabeza. La dejé desnuda y me empapé de cada uno de sus lunares, unos muy especiales que formaban constelaciones de placeres poéticos. La tumbé y le abrí las piernas, su sexo era hermoso y pequeño. Le desanudé el corsé de sus labios con mis palabras.

—Susúrrame entre las piernas... —pidió con la mirada brillante.

Acerqué mis labios a un palmo de los suyos y aspiré su aroma a almizcle, me volvió loco, loco de remate, me quitó los clavos del pecho y abrió mis alas. Lo hice, le canté susurrando en su sonrisa vertical.

*“Somos versos de un anónimo,
locos de los sentimientos,
histéricos del placer
amantes en sábanas de esperanza
y calidez de almas enamoradas”.*

A continuación, le di un beso con todas mis ganas en su carne hinchada. Se arqueó bajo mi caricia muda, y yo me excité rompiendo mi silencio. Fue la primera vez que gemí, grité y hablé versando cada embestida. Fuimos uno.

Enredé sus piernas a mi cadera y me senté en una silla con ella encima, junto a la ventana, con la luz de la luna que bañaba nuestros cuerpos. La agarré con fuerza por los glúteos y la guie en el viaje, nuestros labios sellaron la unión de dos almas solitarias, ahora amadas. Su cuerpo era pura poesía erótica, sus curvas ondulaciones prohibidas y su cara de un ángel caído.

Movió las caderas como una reina mora, mi pene estaba prieto en su interior, resbalando en su néctar y buscando el placer. Me miró excitada, a punto de vaciarse, había llegado la gran verdad. Apoyé la cabeza en su pecho

y la abracé por la cintura, la ayudé a subir y a bajar por mi carne. Sentí la llamada del orgasmo justo en el momento que Lola tembló entre mis brazos y... culminé. Me vacié dentro del cuerpo de una mujer, ya no había dudas, ella era mi alma.

La tumbé en el suelo y le abrí los labios vaginales, quería ver mi esencia bañar su sexo. Ahí estaba mi semen, resbalando por su entrada. Sonreí satisfecho y la lamí limpiando sus labios, era mía, solo mía y también su infinita sonrisa.

Aprendí que las cicatrices se curan despacio y las mentiras no tienen edad. La única verdad es el sentir de nuestros corazones —ahora y siempre— sin importar el dolor que podamos encontrar en el camino... porque al final, las almas que están destinadas a ser, serán.

—Jinete...

—Mi Lola...



Katy

*Autora
Erótica*

Otras Novelas de la Autora

Serie Cruce de Miradas. Cuatro libros disponibles en Amazon tanto en papel como digital: **Lola, Dana, Diana y Canalla.** Novelas románticas llenas de erotismo salvaje. Una serie de investigación, periodismo, trata de blancas, mafia y grandes historias de amor. Con una nota de humor.

Serie Las Mujeres González. Tres libros disponibles en Amazon tanto en papel como digital: **Sexo, Orujo y Flamenco** (libro uno) **Sal, Tequila y Limón** (libro 2) **Locas, Sexys y Brujas** (libro tres)

Penélope, la asesina del pene. Una novela de pura erótica explícita. Un thriller policiaco muy bizarro en cada palabra. Es una oda al sexo, una obra erótica muy visual y con una trama muy destroyer. Publicada bajo el seudónimo: **Katy Infierno.** Disponible en Amazon tanto en digital como en papel (la búsqueda puede resultar complicada por su contenido explícito. Aconsejo buscarla a través de Google y sale directamente el enlace a Amazon).

Tulipán Negro. Es una novela corta de fantasía sobre vampiros y licántropos. Es un libro juvenil escrito en prosa y verso. La autora nos narra la desconfianza, el miedo, el maltrato, el amor y como una persona puede volver a encontrarse a si misma en esos sentimientos que creía muertos. Disponible en Amazon tanto en papel como en digital.

Sally, dama de la muerte. Es una novela publicada bajo el seudónimo **Katy Infierno.** Una historia muy ochentera sobrenatural y un homenaje al estilo Tarantino. Una novela muy visual, y original. La trama trata de una venganza, muerte, traiciones y un tanto sangrienta.

Suspiros al Alba. Es una colección de tres relatos largos románticos y eróticos. Relatos: **Dante, bajo mis dominios:** historia romántica y erótica sobre moteros y el universo *outlaw*. **Al Sur de Andalucía:** historia de amor inspirada en las relaciones de las redes sociales. **Jinete:** historia erótica con un final romántico. Trata sobre la búsqueda de un hombre en el amor. Un bohemio de la música que viaja por Europa para cicatrizar las heridas del corazón.

Relatos Eróticos, masturba tu mente. Es una antología de más de 60 relatos eróticos cortos, donde la autora deja su pluma más sensual.

Red Púrpura. Una novela policiaca y de suspense sobrenatural. La trama está narrada en Barcelona, y sus personajes son investigadores privados, vampiros y licántropos. Todos ellos se unen para desvelar el misterio que acontece en los túneles de metro de la ciudad.

Novelas publicadas por la editorial Suseya:

Caso Thanatos: un thriller policiaco escrito a dos plumas: Lourdes Tello y Katy Molina.

Carmín: una novela erótica y explícita que trata sobre la búsqueda del placer, la masturbación femenina y el cambio de una mujer tras leer una antología erótica. Una novela escrita por Katy Molina, dos historias en una. El libro consta de la historia de Claudia y varios relatos eróticos.

Biografía de la Autora

Katy molina nació en Barcelona en 1983, de familia andaluza. Apasionada de la cultura, la historia, las letras y la arqueología. Toda una vida soñando con ser escritora y poder transmitir con su humilde pluma sus creaciones tan diversas. Una mente brillante y delirante, capaz de crear personajes con duende y hacerte sentir parte de la historia.

Su primera obra fue “Red Púrpura”, una novela presentada a concurso y de género negro y sobrenatural. Más tarde, publicó una antología de veinte “Relatos Eróticos”, su pluma más perversa y sensual. Pero no sería hasta la serie “Cruce de Miradas” conocida, se componen de cuatro novelas: Lola, Dana, Diana y Canalla. Son unas comedias románticas y eróticas muy divertidas, sensuales y con pinceladas muy andaluzas.

A finales del año 2016, se atrevió a sacar un nuevo género erótico denominado “Destroyer” que la marcarían como sello propio y único. Utilizó un seudónimo para este género tan polémico y se llamó Katy Infierno. Sacó al mercado una antología erótica nada convencional, “Erótica Destroyer”, una marca que solo ella puede realizar con un toque perverso, humor negro, excitante e imaginativo. No se quedó ahí y creó una serie de cuentos de erótica para adultos, la serie se titula “Venganza” y el primer cuento publicado es “Sally, dama de la muerte”. (falta un libro más por publicar). Pero el mundo la conocería por su novela más destroyer, “Penélope, la asesina del Pene” un thriller policíaco y erótico de principio a fin.

En 2017 Katy Molina seguiría en la aventura de escritora consolidándose como autora de ventas en Amazon. Las novelas que publicó ese año son muy diferentes entre sí, ya que la autora no se conforma con escribir un solo género. Podemos encontrar “El Viaje de Azahara” novela

romántica inspirada en la leyenda de los almendros de Medina Azahara. Tulipán Negro, novela sobrenatural romántica de vampiros y licántropos. Publicó una antología “Susúrrame entre las Piernas” que ella misma organizó con compañeros de erótica. Una de las novelas de éxito del año 2017 fue “Sexo, Orujo y Flamenco” (serie “Las Mujeres González), una comedia romántica mezclada con drama. A comienzos del 2018 se atrevió a publicar “Cuervo de Medianoche” un libro lleno de versos libres y reflexiones. Actualmente, Katy Molina, está preparando su próxima novela y última de la serie González, el libro de Úrsula. Además, sacará un proyecto muy ambicioso, un drama sobrenatural inspirado en la segunda guerra mundial; “Cuervo Judío”.